

La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 17 DE MAYO DE 1915

NÚM. 1.742

MADRID. - EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. 1915



RETRATO DE LA SEÑORA DE MUÑOZ
pintado por el Sr. Pinazo y Martínez. (De fotografía de J. Vidal.)



Texto. — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Madrid. Inauguración de la Exposición Nacional de Bellas Artes.* — *La guerra europea.* — *Quarto (Génova).* — *Inauguración del monumento a los Mil.* — *La roca del hombre muerto* (novela ilustrada; continuación). — *Notas argentinas.* — *La marquesa de Squilache.* — *La futura Exposición Internacional de Industrias Eléctricas.*

Grabados. — *Retrato de la señora de Muñoz*, pintado por el Sr. Pinazo y Martínez. — *Madrid. Inauguración de la Exposición Nacional de Bellas Artes.* — *Seminaristas de Vich*, cuadro de J. Moisés. — *Busto retrato*, modelado por J. Díaz. — *Memento homo*, escultura de M. Coll. — *La copla española*, cuadro de C. Fernández. — *Solés*, cuadro de G. Baixeras. — *Nena*, escultura de M. Coll. — *Duelo*, cuadro de E. Salaverría. — *Retrato de D. Ramón Pérez de Ayala*, pintado por J. López Mezquita. — *Embeleso*, escultura de R. Mateu. — *Unidos por el pensamiento*, díptico de A. Alcalá Galiano. — *La guerra europea* (siete fotografías). — *Quarto (Génova).* — *Inauguración del monumento a los Mil.* — *Dr. D. Arturo Grañizo.* — *Dr. D. Enrique Ruiz Guiñazú.* — *Medalla otorgada por la Sociedad Pensilvania al Dr. Rómulo S. Naón.* — *Madrid. Entierro de la marquesa de Squilache.* — *Barcelona. La futura Exposición Internacional de Industrias Eléctricas.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Va dejando de ser actualidad flamante el discurso de D. Antonio; pero todavía se presta a un parralfo de crónica. Aun publican los gráficos retratos del insigne orador, y fotografías de la *garden party* de Parisiana.

Lo primero que ocurre al pensar en este suceso, es que ya el Parlamento ha quedado relegado a segunda fila. Los acontecimientos más resonantes de la política, no se desarrollan en su recinto. Es en los teatros, en los locales públicos, donde se reúne la multitud para manifestar sus deseos, sus opiniones, sus simpatías calurosas.

Por efecto de la venida de los Comités, Juntas y partidarios sueltos, y acérrimos, la concurrencia el día de la solemnidad fué tal, que había, como suele decirse, puñaladas por las localidades. El Teatro Real no es de goma elástica, y la impenetrabilidad de los cuerpos es una ley física que casi se desmintió esa tarde del 21 de abril. En ninguna función de gala he visto veinte señoras en un palco.

Y después de tal apretujamiento, que engendra una disposición a la irritabilidad, otro caso sorprendente fué que nadie rechistase, que no hubiese una cuestión por el acomodo y asiento, ni una discusión ni una voz ni un murmurio. Y además, el gentío, prensado, molesto, nervioso, se mantuvo, después de las explosiones del entusiasmo, en la religiosidad del silencio, por el espacio de dos horas que duró la perorata: tiempo capaz de dar al traste con la atención de cualquier público.

* *

Todo esto me lo han contado. Yo no asistí, por mi luto, a pesar de que la fortuna me había deparado un sitio cómodo, de toda holgura.

Si el Congreso — aquel Congreso tan lóbrego, tan sofocado, tan polvoriento, cuyas tribunas parecen hechas de propósito para que nadie asista a las sesiones — fuese el Teatro Real, ¡qué llenos tendría! Verdad que los llenos es lo que quiso evitarse, no cabe duda.

Cuesta tal pérdida de tiempo la contingencia de tener un lugar en primera fila en el Congreso para escuchar a algún orador de nota, que mucha gente renuncia. No estando en primera fila, ni se ve ni se oye; hace un calor asfixiante, y se está muy mal sentado, con rodillas y pies ajenos rozándole a uno el espinazo, y sin poder salir ni moverse, pues se pierden el sitio.

Todas las indicaciones y súplicas, respecto a lo razonable que sería que los asientos de las tribunas se numerasen como los de los teatros, se han estrellado contra esa monótona indiferencia española, conservadora del error, y que para nada tiene en cuenta los derechos legítimos del público.

Por esta mala disposición del Congreso, la gente ha acogido como maná la traslación de la oratoria política y social a lugares menos incómodos. Los salones de los grandes hoteles, los teatros, la plaza de toros, si se terciara..., todo es preferible al palacio de la Asamblea Legislativa.

Y las muchedumbres, en el despectar colectivo a que estamos asistiendo, en el ansia de oír palabra que se acentúa, aspiran a acomodarse bien, a ver la cara del orador.

Por eso las Conferencias van poniéndose cada vez más de moda. Se acabó el vacío triste de los locales, el sonar de la voz en hueco. Hay auditorio para todos, aunque, naturalmente, no en la cantidad que lo hubo para D. Antonio.

España, además, es el país de la palabra. Si se nos juzga por la calidad de nuestros oradores, no existirá raza en el mundo que con nosotros se compare.

Los que hemos alcanzado a Castelar, en sus últimos años, pero asombroso todavía; a Romero Robledo, tan diestro esgrimidor; a Cánovas del Castillo, que era prolijo en el Ateneo, pero en las Cortes un atleta; a Salmerón, con sus tonos bíblicos; a Silvela el florentino, con sus astutas reticencias y sus pases, envidiables por el mejor lidiador; a Nocedal, con su aire de actor, sus ardidés y donaires cómicos; a Mella, que está ahora en la plenitud de sus facultades; y al más grande tal vez (aunque sea muy difícil otorgar la palma en este género), Canalejas, desigual, pero magnífico cuando le asistía su peculiar inspiración...; quienes los escuchamos, repito, bien podemos gloriarnos de que no oíríamos cosa mejor aunque fuésemos coetáneos de Cicerón o de Demóstenes.

En España se crían los oradores sin igual y, correspondiendo a este privilegio, el público más sensible a la magia y prestigios del verbalismo.

¡De cuántas desdichas no ha consolado a España, a veces, un discurso de éstos de empuje, como el de D. Antonio!

Porque los discursos engendran esperanza; y de la esperanza nace alegría. Hay una cierta expansión que por un instante suscita la idea de mejor porvenir. Los males de la patria, si no se han remediado, van a remediarse en plazo breve. Se han agitado las aguas de la piscina, y el que entre en ella no quedará ni tullido ni manco, sino sano y vigoroso...

Aun los que estamos más abrumados de pesimismo — de ese pesimismo amargo, pero no letal, que no nos impide trabajar como si confiásemos en el porvenir — sentimos a veces la oleada de ilusión, el aura halagadora que nos acaricia la frente... Pero, al otro día, todo está igual. No vemos el surco abierto... Tal vez, para verlo, haya que tener los ojos vendados de la fe robusta.

* *

Los discursos, al pasar de los labios al papel, pierden más de la mitad de su fuerza.

Y además, ¿quién relee un discurso? ¿Dónde están aquellas oraciones magnas, tan celebradas a su hora, formidables como acorazados, de Canalejas? ¿Qué quedó de su efecto momentáneo? Nadie, de fijo, ha pensado en desempolvarlas, desde que quedaron oficialmente archivadas en las mustias hojas del *Diario de Sesiones*.

Como las plantas y flores que se recogen llenas de vida y de color y de perfume, y se prensan entre los cartones de un herbario, y al cabo de poco tiempo están pálidas y marchitas y descoloridas, — los discursos más grandilocuentes son polvo y ceniza cuando sobre ellos pasan unos años.

Y ¡qué de sorpresas guardan estos Diarios oficiales antiguos!

A pesar de la labor de lima y expurgo que sufre todo lo que en las Cortes se dice, antes de que pase a la publicación oficial, en ella se encuentran cosas asombrosas. Pero nadie tiene espacio ni paciencia para registrar minuciosamente el *Diario de Sesiones*, a no ser los diputados que quieren argüir de inconsecuencia a sus adversarios, y refregarles, perdónese el vulgarismo, por las narices sus propias palabras y sus antiguas opiniones, cogiéndolos en flagrante delito de contradicción.

¡Claro es que algo queda de los discursos! Lo que hay, es que ese efecto no guarda proporción con el que al pronto se creería que hubiesen de causar.

* *

Tampoco esto va con el discurso del Sr. Maura, en especial, por más que estará sujeto a la ley que sufren todos los monumentos oratorios, desde los del «divino» Argüelles y D. Joaquín María López, hasta los más flamantes. Es el desquite de la literatura escrita, tan inferior en estruendo, en los primeros momentos, a la verbal.

Y esto me trae de la mano al Instituto francés. Son conferencias literarias las que en él escuchamos.

Se deslizan calladamente, ante un recogido auditorio, de gente que se conoce toda — lo que en Francia se llama *habitués*. Apenas si la prensa, de vez en

cuando, las menciona, en distraído suelto. Yo, sin embargo, creo que abre surco esta labor.

Se fundó el Instituto francés hace pocos años, y redimió a los perseverantes profesores franceses, de la cárcel que sufrían en las incómodas y oscuras aulas de nuestra Universidad Central.

Al objeto de estrechar las relaciones culturales entre Francia y España, venían estos Profesores aceptando el local que encontraban, y los concurrentes deseábamos también que se organizaran mejor unas enseñanzas tan atractivas. Porque, en este particular, y sin mengua de la neutralidad ante Belona, éramos y somos francófilos buen golpe de españoles. Francia es una segunda patria de nuestro espíritu, es nuestra maestra, y los artistas más castizos, quieran que no, algo deben a la «hermana latina».

Surgió al fin el Instituto, y unido a él, un Colegio; todo sencillo, pero higiénico, confortable, y no desprovisto de cierta elegancia. Todos los años, en primavera, dan cursillos algunos Profesores, que proceden de Universidades francesas.

Este año vino también un belga, el Sr. Vilmotte, procedente de Lieja, Su explicación abarcó aspectos históricos: el estado de Bélgica a fines del siglo xv; el Renacimiento en los Países Bajos; el movimiento y evolución de las letras; el arte, la escultura, la pintura; y así, en breve conjunto, nos presentó, clara y bien definida, la civilización característica de su patria, hasta el trágico momento presente.

Otro conferencista; el Sr. Arnould, profesor en la Universidad de Poitiers, adoptó un tema muy sugestivo, la evolución del Teatro cristiano, desde los Misterios, hasta nuestros días, iniciando la serie de obras relativamente modernas por el *Poliuto*, de Corneille, en su opinión el mejor drama cristiano, siguiendo por las familiarísimas *Ester* y *Atalia*, de Racine, y terminando con el movimiento místico del último período del siglo xix, Mauricio Bouchour y la *Marche a l'Etoile*, la *Samaritana*, de Edmundo Rostand, y las celebradas *Pasiones* de Nancy y Oberammergau. Yo hubiese añadido la *Salomé*, de Oscar Wilde. Nada más cristiano que la figura del Bautista.

* *

Pero el asunto más oportuno y simpático, lo ha tratado, sin duda, el Director del Instituto y Rector de la Universidad de Tolosa, Ernesto Mérimée. Es asunto que tiene dominado, pues toda su vida, puede decirse, ha cultivado los estudios hispánicos, afición que le viene de casta; nadie desconoce lo hispanizante que fué el autor de *Colomba* y de *Carment*, verdadero cautivo de España, adorador de nuestro elemento pintoresco, de la belleza de nuestros paisajes y edificios, y amigo muy íntimo de la Emperatriz Eugenia de Montijo. Este Merimée de ahora, sobrino del antiguo, ha publicado importantes estudios sobre Quevedo y otros clásicos españoles.

Así, le tenemos por familiar y amigo de casa, y hemos estado pendientes de sus labios cuando nos explicaba las relaciones estrechísimas entre las letras españolas y las francesas, a partir del siglo xvii, época de nuestro glorioso esplendor literario. Y la concurrencia no sentía la frialdad, compañera frecuente de las lecciones de cátedra, sino una emoción honda y misteriosa, que comunicaba con el conferenciante al tocar, con tan delicado acierto, las cuerdas del patriotismo.

Al través de la erudición, del ingenio y hasta del buen humor del conferenciante, se percibía el latido de su corazón de viejo patriota, herido y lastimado, y que busca la simpatía y el interés de los oyentes y de los amigos, para consuelo y calor.

A este terreno nos llevaba su conferencia amenísima, al poner de manifiesto los lazos de unión que crean las semejanzas y las influencias en el arte, en la literatura, hasta en las costumbres.

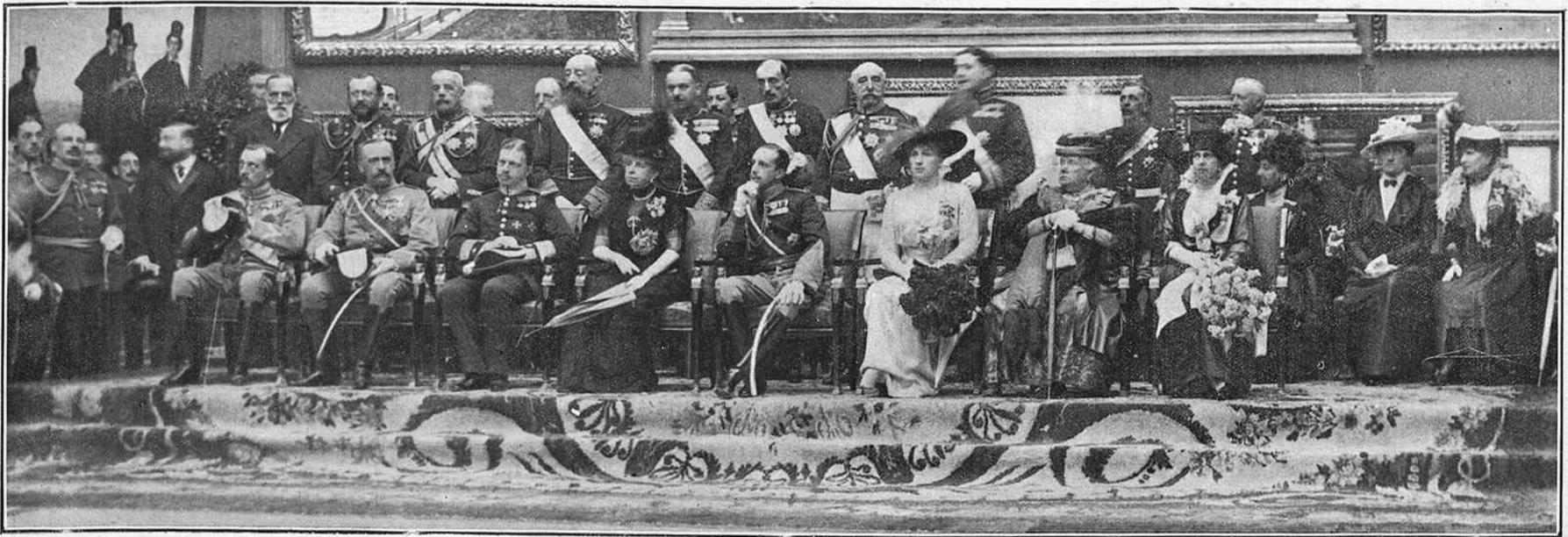
Merimée demostró, en esta labor fina, su tacto y conocimiento del alma española, y su pleno dominio de nuestras letras, en sus mejores períodos.

Nuestros aplausos debieron convencerle de que había logrado su fin.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

La Sal Natural de Sprudel
de **Carlsbad**
es la única legítima Sal de

MADRID. - INAUGURACIÓN DE LA EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES. (Fotografías de J. Vidal.)



SS. MM. y AA. en el estrado presidencial durante la ceremonia de la inauguración

Con gran brillantez efectuóse el día 12 del corriente la solemne ceremonia de la inauguración de la Exposición Nacional de Bellas Artes, instalada en el Palacio de Exposiciones del Retiro. El acto fué presidido por SS. MM. los Reyes D. Alfonso XIII y D.^a Victoria y a él concurrieron S. M. la Reina D.^a María Cristina y SS. AA. las Infantas D.^a Isabel y D.^a Beatriz, el Infante D. Carlos y el Príncipe D. Raniero.

Las personas de la Real familia fueron recibidas en el vestíbulo del palacio por los ministros de Instrucción Pública y de Fomento, el subsecretario de Instrucción Pública, los directores de Bellas Artes y Primera enseñanza, el capitán general, el alcalde, el gobernador, el presidente de la Diputación provincial, el director general de Seguridad, el subdirector del Museo del Prado, varios individuos del jurado, algunos artistas y otras personalidades del elemento oficial.

cuente discurso. «Seguramente - dijo - V. M., en su constante preocupación por todo cuanto puede redundar en beneficio de España, habrá experimentado gran satisfacción al asistir a esta fiesta de Arte que tan alto pone el nombre de nuestro país. El Arte no es sólo un recreo de los sentidos; es algo más elevado. Es algo que inspira a los pueblos altos sentimientos, que los vigoriza y los hace grandes.»

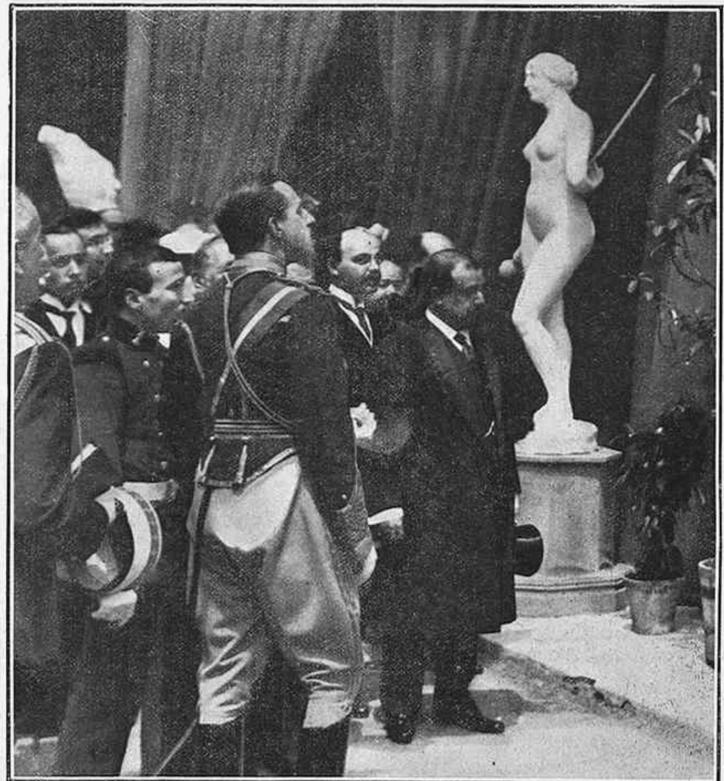
Lamentó luego que por las dolorosas circunstancias actuales no haya podido tener la Exposición el carácter internacional que se quería, y afirmó que, limitada a los artistas españoles, habían éstos obtenido un triunfo envidiable, así los consagrados por la fama y justamente premiados en anteriores certámenes que en el actual afirman sus méritos, como los jóvenes, que forman una pléyade de pintores, escultores y arquitectos, con grandes alicios, con muchas ilusiones y dispuestos a dar nuevos días de gloria a España, a esta nación hermosa a la que por algo se llama el país del Arte.

Acto seguido las personas Reales, con sus acompañantes, comenzaron su visita a las distintas salas en que está dividida la Exposición.

Concluida la visita a la sección de Pintura, SS. MM. y AA. fueron obsequiados con un *lunch* y luego se trasladaron al Palacio de Cristal en donde está instalada la sección de Escultura y Arquitectura, que también recorrieron detenidamente. S. M. el Rey se fijó muy especialmente en una bellísima escultura *Embeleso*, que reproducimos en la página 338 del presente número, obra de Don Ramón Mateu Montesinos. Éste, que se hallaba en el local y que es soldado y presta sus servicios en el Centro Electrotécnico, fué presentado al monarca, quien le felicitó y le instó a seguir trabajando en el arte que cultiva.



SS. MM. en la sala del pintor Gonzalo Bilbao



S. M. el Rey D. Alfonso XIII en la sección de escultura



S. M. la Reina Doña Victoria viendo el proyecto de monumento a Rosalía de Castro

A las once y media llegaron SS. MM. en un landó cubierto al que acompañaba una sección de la Escolta Real. D. Alfonso XIII vestía el uniforme de húsares de Pavía, con la banda de la gran cruz roja del Mérito Militar, la ventera de las cuatro órdenes militares y otras condecoraciones. D.^a Victoria lucía elegantísimo traje color gris perla con encajes blancos y sombrero con plumas blancas y ostentaba un hermoso collar de perlas y otras valiosas joyas.

La ceremonia inaugural efectuóse en la sala central del palacio, en cuyo fondo habíase levantado un estrado en donde tomaron asiento SS. MM. y Altezas.

El ministro de Instrucción Pública, conde de Esteban Collantes, pronunció un breve y elo-

A la una dieron SS. MM. por terminada su visita, siendo despedidos con los mismos honores que se les habían tributado a su llegada y saludados por el público con calurosas aclamaciones.

En la actual exposición se notan algunas importantes mejoras introducidas en el local y merced a las cuales se ha conseguido un considerable aumento de espacio, de 700 metros cuadrados, para la instalación de los cuadros. Merced a ello, así como en las exposiciones anteriores las obras expuestas llegaban hasta el techo, en ésta los lienzos, en su mayor parte, aparecen colocados en dos filas, viéndose todos perfectamente.

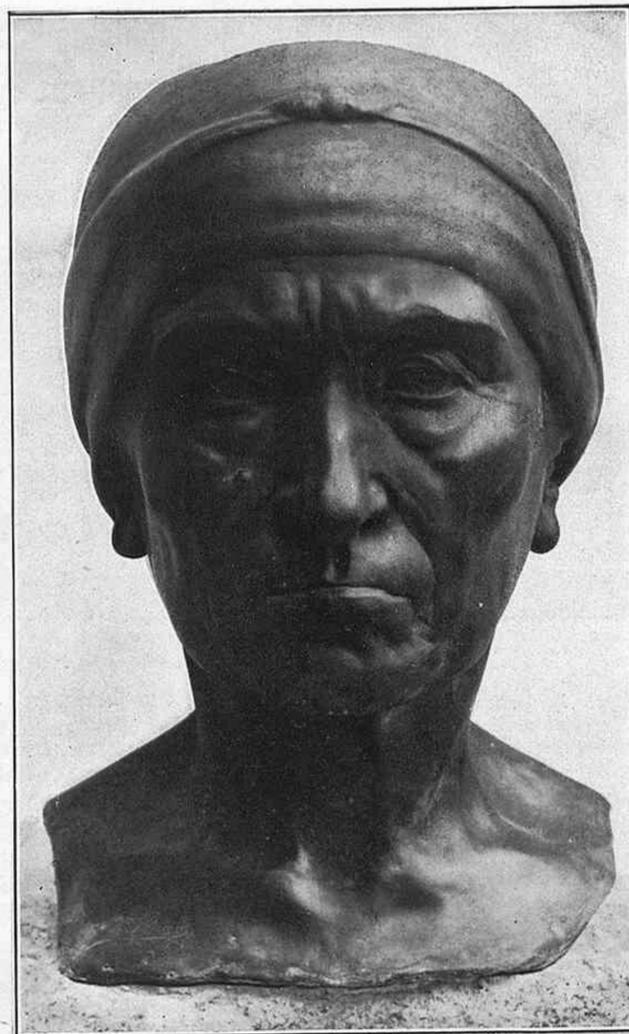
Además, mediante telas transparentes dispuestas horizontalmente en forma de toldos o en sentido vertical, se ha conseguido evitar la crudeza de la luz del sol directa, y dar a ésta la difusión y templanza necesarias para que los departamentos estén a toda hora bien iluminados.

En la sección de pintura hay expuestas 678 obras; en la de escultura, 94, y en la de arquitectura, 17. Entre los expositores figuran los más conocidos artistas, ocupando una sala especial las obras de Manuel Benedito; otra, las de Francisco Domingo y Antonio Muñoz Degraín; otra, las de Julio Romero de Torres; otra, las de José M.^a López Mezquita y Gonzalo Bilbao; y otra, las de Santiago Rusiñol.

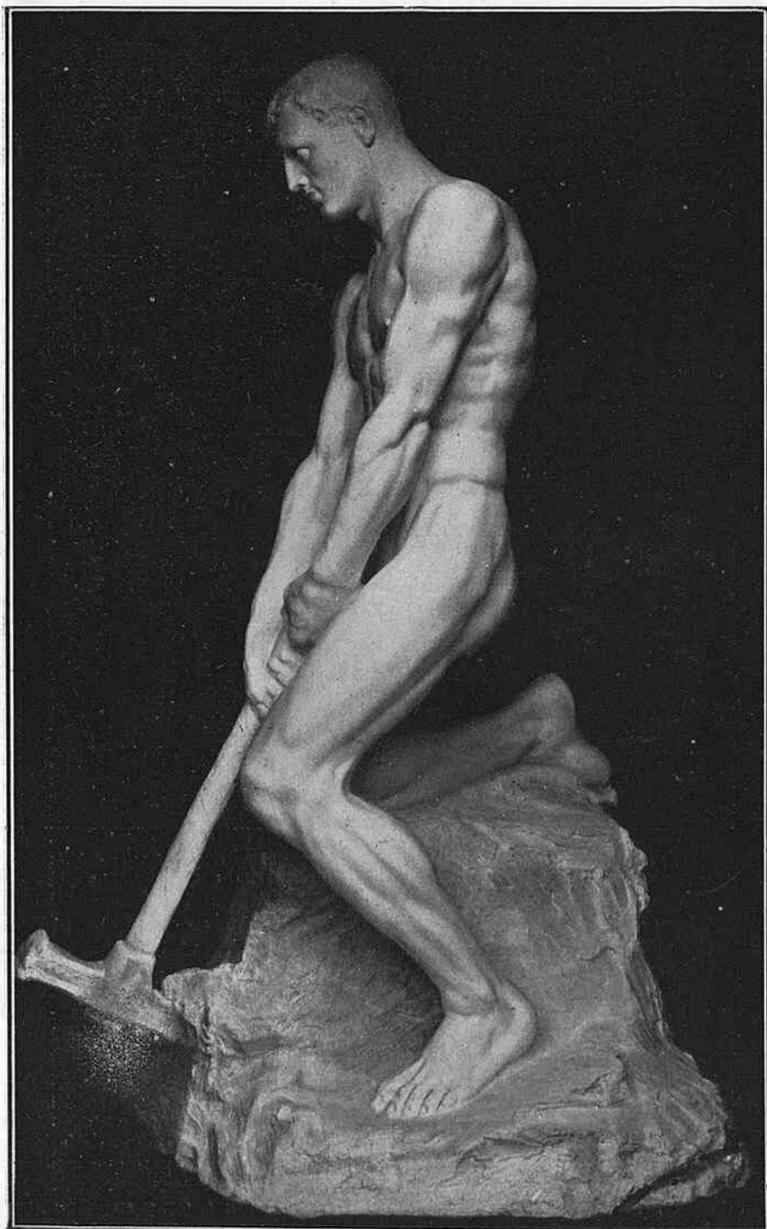
En el presente número reproducimos algunas de las más notables obras expuestas y sucesivamente iremos reproduciendo otras de las más salientes, que permitirán a nuestros lectores formarse una idea de la importancia del certamen recientemente inaugurado.



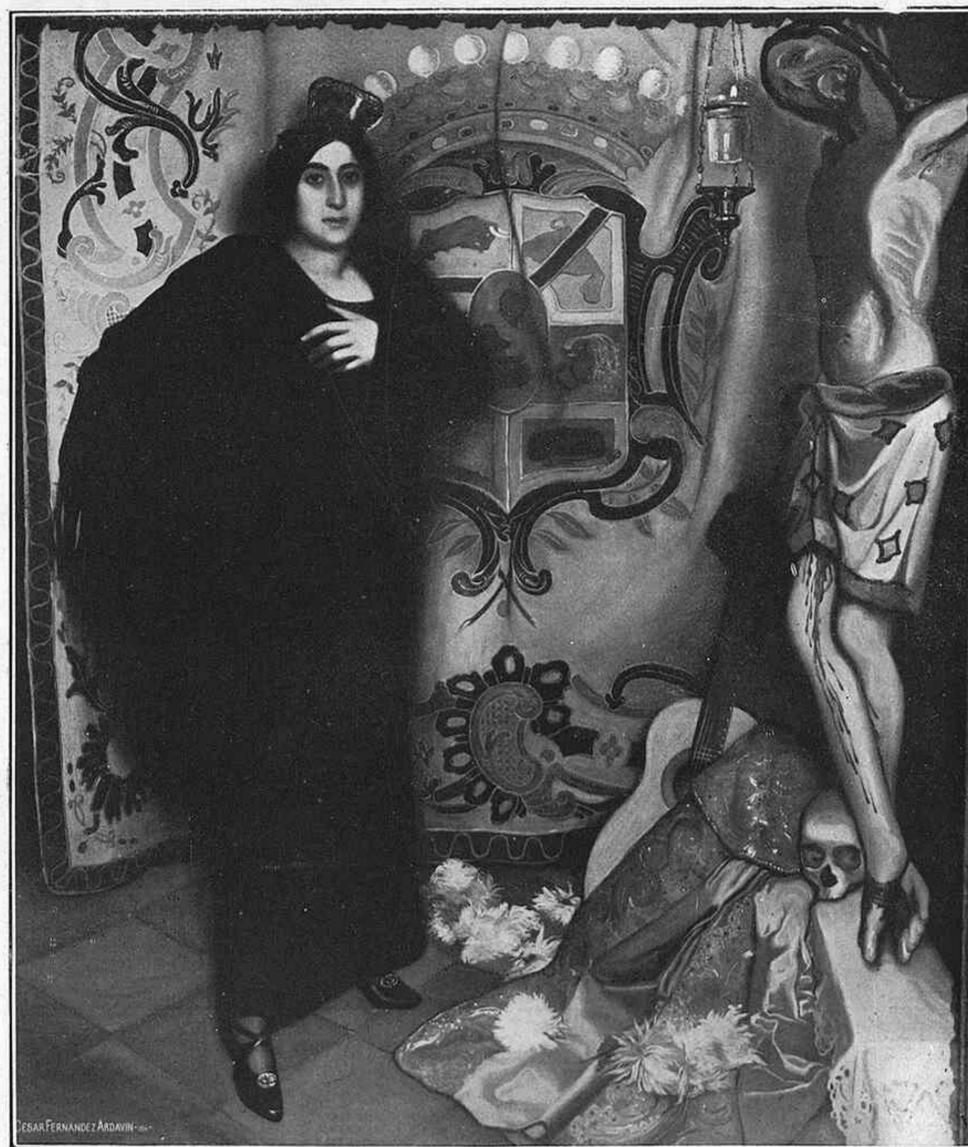
Seminaristas de Vich
cuadro de Julio Moisés Fernández



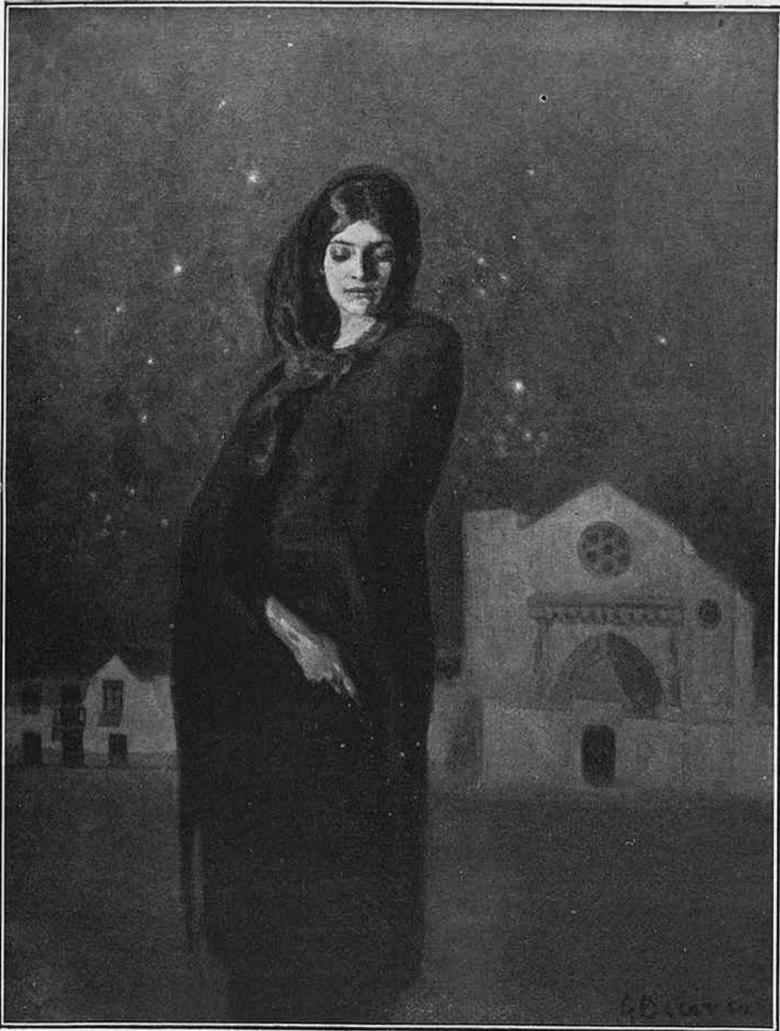
Busto retrato
modelado por José Díaz Bueno



Memento homo, escultura de M. Coll



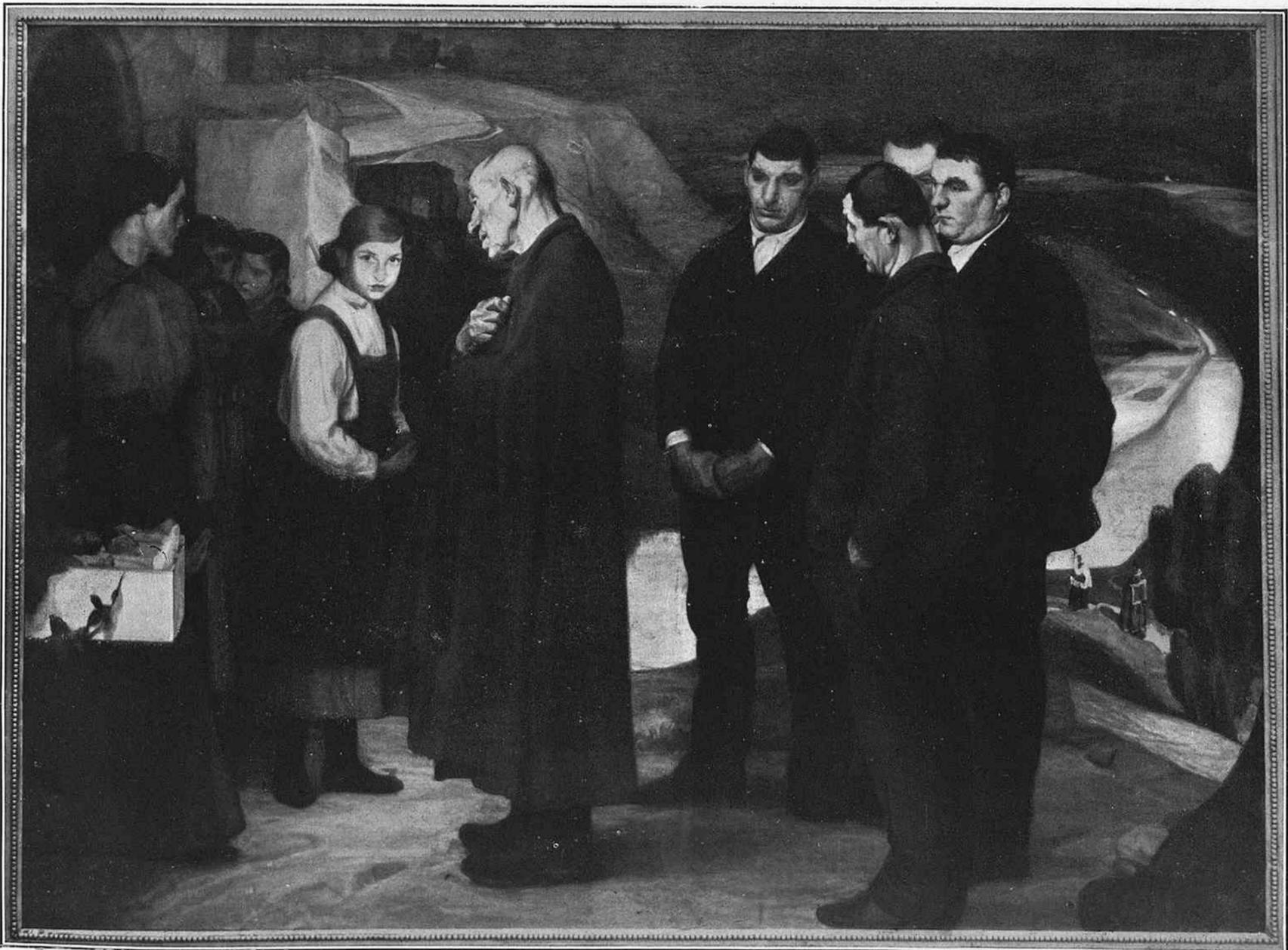
La copla española, cuadro de César Fernández Ardavín



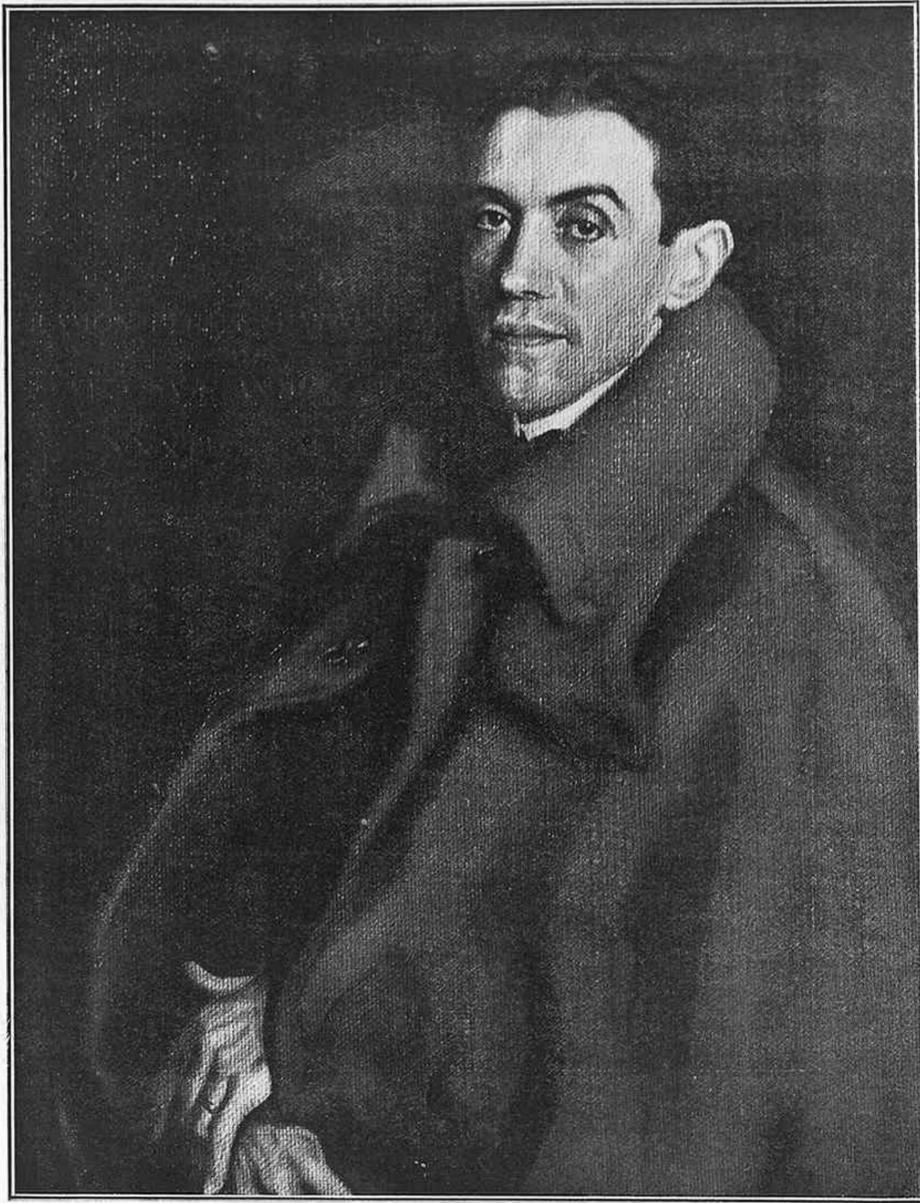
Soleá, cuadro de G. Bacarizas



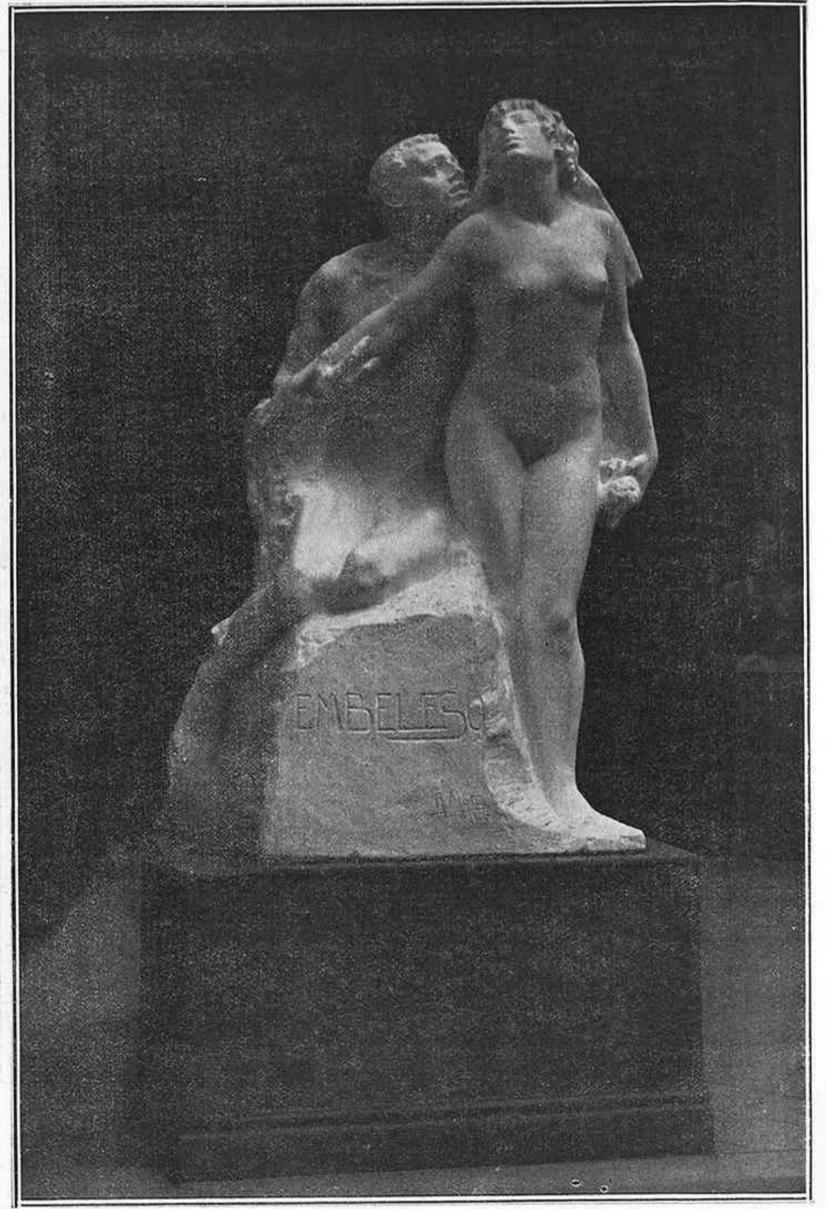
Nena, escultura de M. Coll



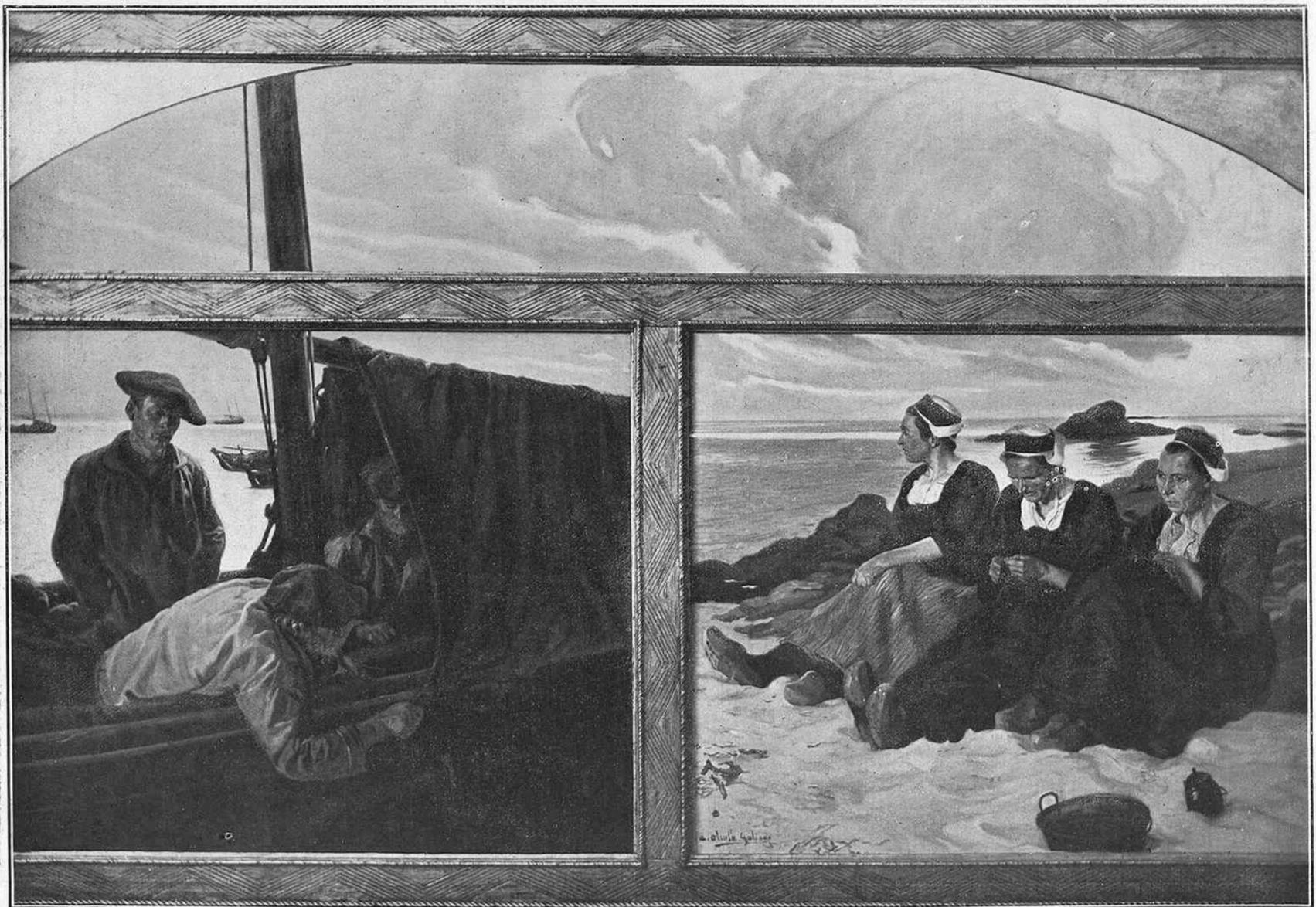
Duelo, cuadro de Elías Salaverría



Retrato de D. Ramón Pérez de Ayala, pintado por J. López Mezquita
(De fotografía remitida por J. Vidal.)



Embeleso, escultura del soldado Ramón Mateu que ha sido muy celebrada por S. M. el Rey D. Alfonso XIII. (De fotografía de J. Vidal.)



Unidos por el pensamiento, díptico de Alvaro Alcalá Galiano. (De fotografía remitida por J. Vidal.)

LA GUERRA EUROPEA. (De fotografías de Hofer.)

Durante la última semana han alcanzado actividad e intensidad mayores las operaciones en el teatro de la guerra occidental. La impresión de conjunto que de ellas se saca es que si los alemanes han conseguido algunos éxitos en la región belga, los aliados los han obtenido en el Noroeste de Francia, muy singularmente en la región de Arrás. En cuanto a los demás puntos del frente de batalla, los éxitos de unos y otros, por decirlo así, se han contrabalanceado, sin que pueda atribuirse a ninguno de los beligerantes una ventaja de verdadera importancia. Veamos ahora lo que dicen en substancia los partes oficiales.

Los alemanes se han apoderado de la colina 60 situada al Sudeste de Iprés, y han ocupado varios pueblos y varias trincheras, y afirman que han realizado nuevos progresos hacia Nieuport y rechazado todas las tentativas de los ingleses para recuperar aquella altura, desalojándolos de sus posiciones fuertemente fortificadas. Entre el Mosa y el Mosela, dicen que mantienen y han fortificado todo el terreno ganado en el bosque de Ailly, en donde desalojaron a los franceses de varias posiciones, y que han rechazado un ataque emprendido al Norte de Pont-a-Moussón. Dicen asimismo haber rechazado todos los ataques enemigos en la región de los Vosgos. En cambio confiesan que al Suroeste de Lila ha comenzado una gran ofensiva francobritánica, y aunque aseguran que han rechazado los ataques en casi todo el frente, reconocen que han tenido que evacuar la primera línea de sus posiciones entre Carency y Neuville, al Norte de Arrás.

Los ingleses confiesan haber perdido la altura 60, para conquistar la cual emplearon los alemanes los gases asfixiantes, y haber rectificado su frente al Este del Iser, ocupando mejores posiciones detrás de sus primeras líneas; pero añaden que han conseguido recuperar una gran parte de la colina, así como varias trincheras y poblaciones y han ganado, merced a una vigorosa ofensiva gran extensión de terreno al Sudeste de Fromelles, y que, además, han rechazado vigorosos ataques alemanes en la región Este de Iprés y entre Nieuport y el mar y en el Norte de Lombartzyde. Los franceses, a su vez, dicen que en la región de Arrás han hecho grandes progresos, tomando en un frente de siete kilómetros dos y tres líneas de trincheras, ocupando varias poblaciones y avanzando en algunos puntos hasta cuatro kilómetros. Asimismo afirman haber tomado dos líneas de trincheras en el bosque de Mortmare, progre-

sando más de un kilómetro en la orilla derecha del Freht, en dirección a Metzgeral (Alsacia), y rechazando los ataques alemanes en la Champaña y entre el Mosa y el Mosela.

En el teatro de la guerra oriental, consignan los partes austro-alemanes: que se han apoderado de Tarnow, ciudad de

pero que ha sido contenido el avance del enemigo, que ha tenido pérdidas enormes; que entre el Vístula y los Cárpatos siguen los combates con gran intensidad; que en los Cárpatos han sido rechazados todos los ataques de los austro-alemanes; y que los rusos han efectuado un avance hacia Mitau, obligando al enemigo a retirarse y a abandonar precipitadamente sus posiciones.

La embajada rusa en París ha enviado una nota a los periódicos desmintiendo los éxitos que los austroalemanes se atribuyen en la Galizia occidental y diciendo que no han obtenido allí ninguna victoria, ni siquiera parcial.

Respecto de los Dardanelos, continúa la misma incertidumbre, pues mientras los aliados dicen que sus tropas siguen avanzando en la península de Galípoli y rechazando los ataques de los turcos, éstos afirman lo contrario. Durante la última semana no ha habido allí operaciones navales; en cambio, la escuadra rusa ha bombardeado energicamente las fortificaciones del Bósforo.

Ha sido nombrado comandante del cuerpo expedicionario el general Gouraud, en substitución del general d'Amade, que se halla algo enfermo y regresa a Francia.

En aguas de Harwich un submarino alemán echó a pique el contratorpedero inglés *Kecruit*, y el mismo día varios contratorpederos ingleses echaron a pique dos torpederos alemanes. En el litoral belga

el contratorpedero inglés *Maori* chocó con una mina y se hundió; los tripulantes fueron hechos prisioneros, así como los de dos chalupas del contratorpedero *Crusader* que iba a salvarlos.

En aguas de Irlanda un submarino alemán ha echado a pique el magnífico trasatlántico *Lusitania*, ocasionando la muerte a 1447 personas de las 2150 que iban a bordo. Este hecho, que los alemanes tratan de justificar diciendo que el buque iba armado y conducía un importante cargamento de guerra, cosa que el Almirantazgo inglés ha negado rotundamente, ha producido emoción e indignación generales y ha dado lugar a una enérgica reclamación de los Estados Unidos.

Gran expectación determina la actitud que, en definitiva, adopte Italia en el actual conflicto europeo; momentos ha habido en que se ha creído inminente su intervención al lado de Inglaterra y Francia, pero las últimas impresiones son más optimistas, pues parece que gracias a los esfuerzos del expresidente Gioiitti y del partido neutralista podrá ser contrarrestada la fuerte presión que sobre el gobierno ejercen los intervencionistas, apoyados por una gran parte de la opinión.



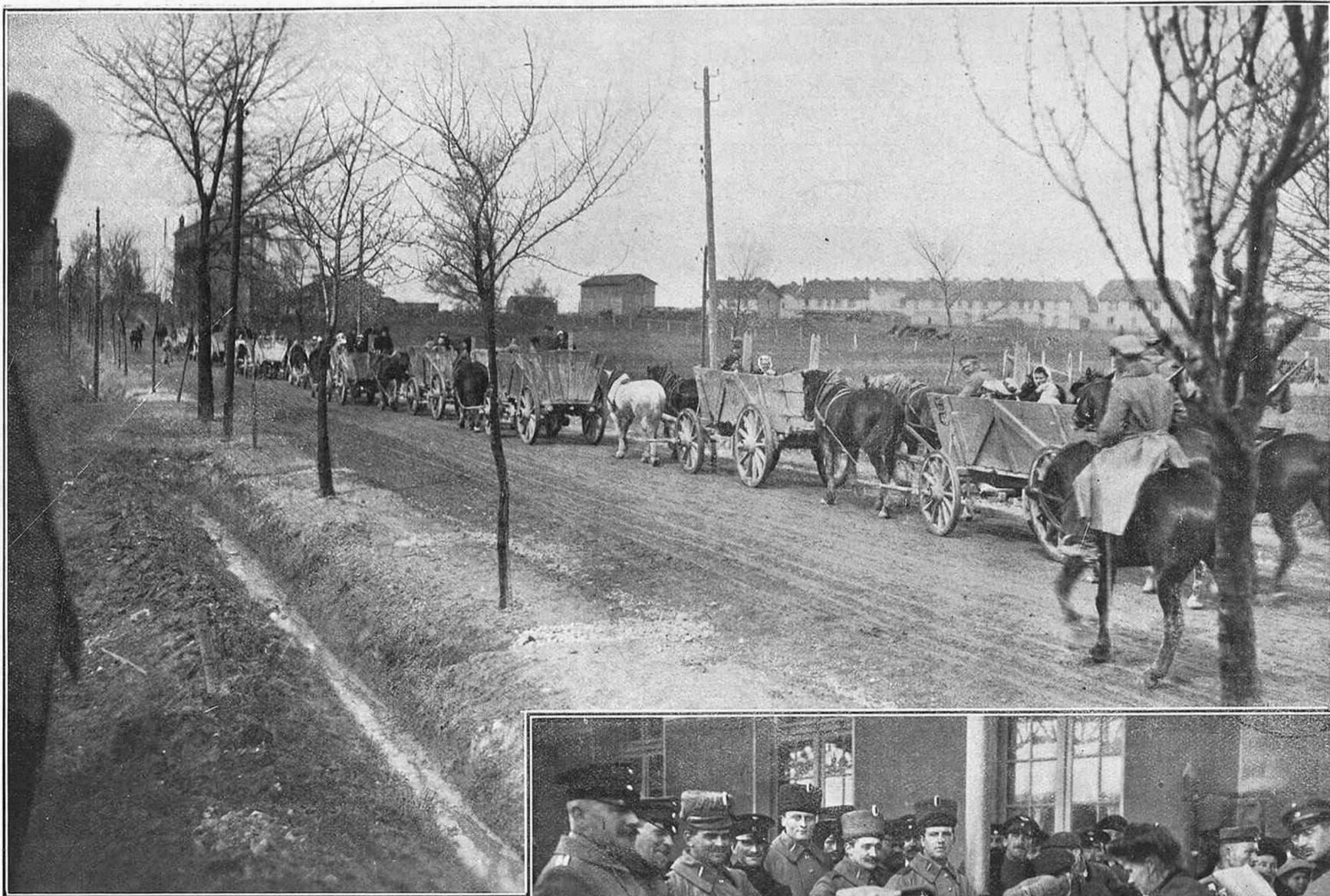
Reparto de ropas entre los prisioneros rusos en el campo de concentración de Guben (Alemania)

38.000 habitantes situada sobre el Dunajec, y de Libau, ciudad de Curlandia, de 30.000 habitantes; que han rechazado todos los ataques de los rusos en Kalwarja, Rossieny, Suwalki y Augustow, infligiendo al enemigo una tremenda derrota; que en la Galizia occidental han fracasado los esfuerzos de las retaguardias para contener el avance de los alemanes, quienes han forzado por varios puntos el paso del río Wistok y ocupado la ciudad de Krosno y avanzan con éxito en todo el frente; y que en los Cárpatos han roto la tercera línea fortificada rusa, desalojando al enemigo de sus posiciones a lo largo del ferrocarril de Mezolaborez-Sanok; han tomado varios pueblos al Este de Lupkow; y han obligado a los rusos a emprender la retirada en todo el frente occidental. De la misma procedencia es la noticia de que los alemanes, ante fuertes contingentes rusos, se repliegan lentamente al Sur de Mitau (Curlandia).

Las noticias oficiales rusas dicen que los alemanes lograron romper las líneas rusas y pasar el Dunajec, obligando a algunas unidades a retirarse a la segunda línea de fortificaciones,



Entierro de un oficial francés en Torgau (Alemania). En la comitiva se ven varios oficiales franceses prisioneros y entre ellos el general comandante de la fortaleza de Maubeuge

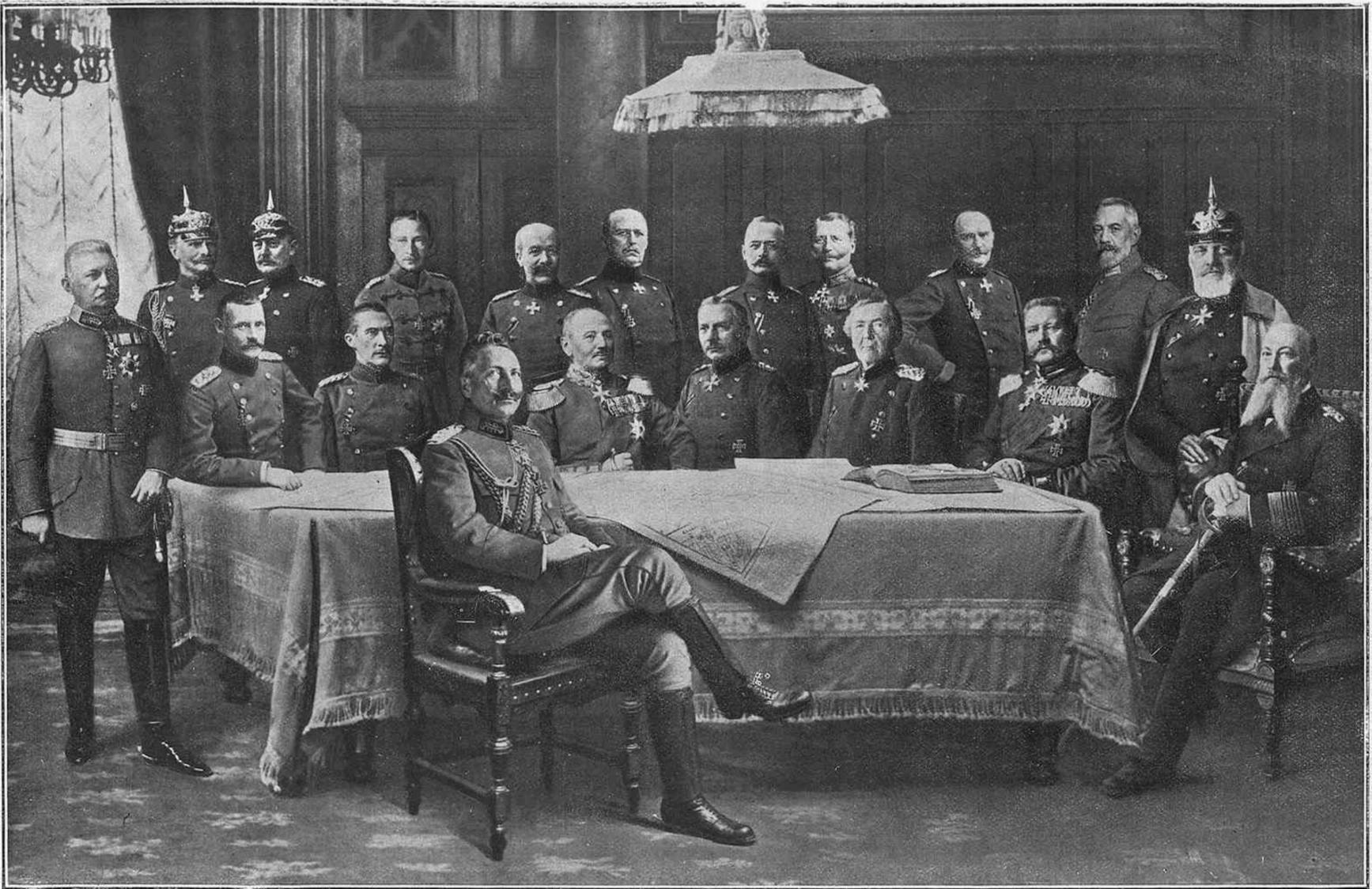


Convoy de habitantes de las poblaciones de los territorios franceses ocupados por los alemanes y que éstos envían, al través de Suiza, a los territorios franceses no ocupados, para lo cual los conducen en carros a las estaciones de concentración.

Una de las estaciones de concentración desde donde los habitantes de los territorios ocupados por los alemanes son enviados a los territorios no invadidos. A cada uno de ellos se le provee de una chapa con su nombre y un número.



Barracones hospitales militares instalados por los alemanes en Vigneulles (Francia)



El emperador Guillermo y los generales en jefe de los ejércitos alemanes. - De izquierda a derecha, de pie: Bulow, Mackensen, Moltke, príncipe heredero de Prusia, François, Ludendorff, Falkenhayn, Einem, Beseler, Bethmann-Hollweg, Heeringen. Sentados, en primer término, el emperador; en segundo término: príncipe heredero de Baviera, duque Alberto de Württemberg, Kluck, Emmich, Haeseler, Hindenburg, almirante Tirpitz.

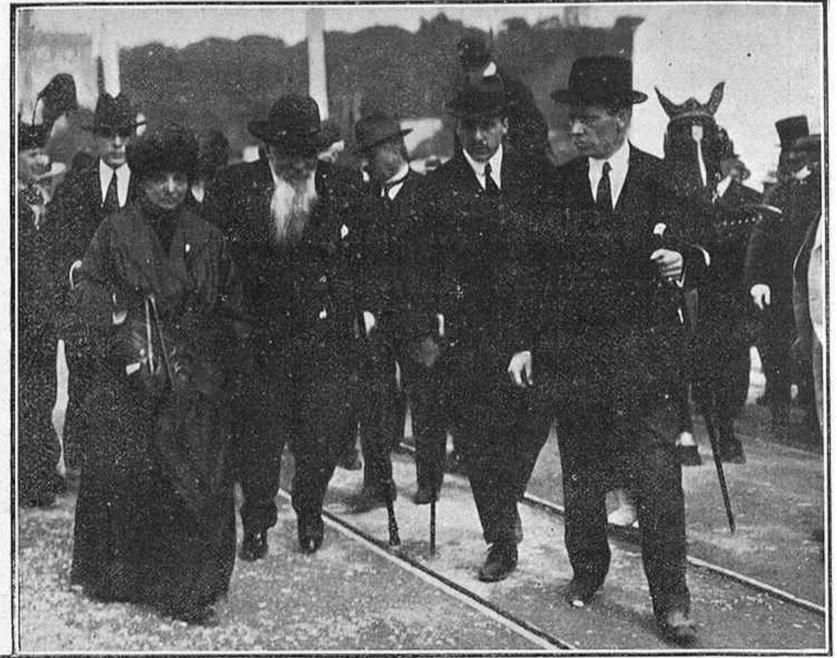


Soldados argelinos prisioneros de los alemanes en Zosen

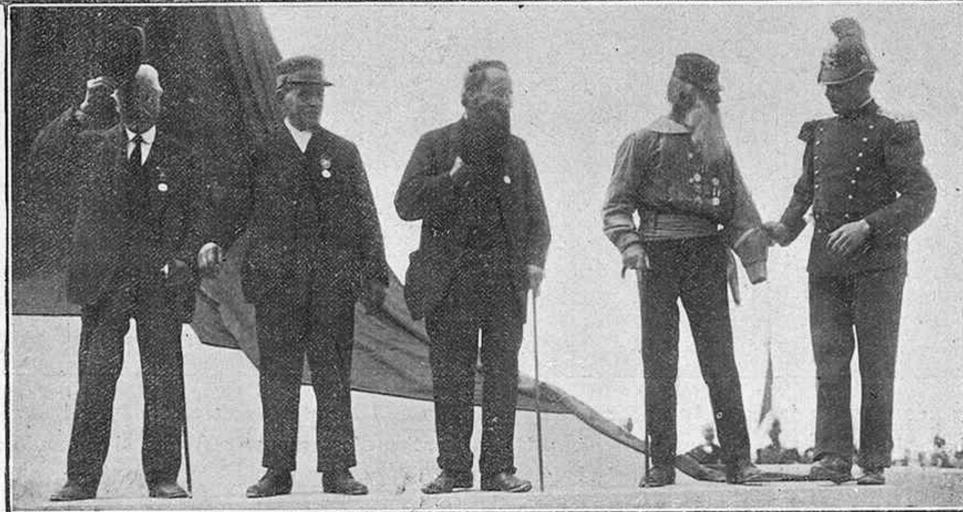
QUARTO (GÉNOVA). — INAUGURACIÓN DEL MONUMENTO A LOS MIL. (Fotografías de C. Trampus.)



La comitiva oficial dirigiéndose a inaugurar el monumento. De derecha a izquierda: el Sr. Marsone, alcalde de Génova; el Sr. Marcora, presidente de la Cámara de Diputados; el senador francés Sr. Rivet.



La familia de Garibaldi en la inauguración del monumento. Ricciotti Garibaldi, hijo del héroe; su esposa Costanza, y sus hijos Pepino y Costancio, que luchan al servicio de Francia.



Grupo de los sobrevivientes de la expedición de 1860

sagración de la memoria de los Mil, la confianza en el glorioso porvenir de Italia.»

La lectura de este telegrama promovió una explosión de entusiasmo indescriptible.

A continuación el Sr. Marsone, en un elocuente discurso que fué calurosamente aplaudido, explicó la significación del monumento y ensalzó a los garibaldinos.

Después de descubierto el monumento, el ilustre d'Anunzio leyó un hermosísimo trabajo dedicado a consagrar la memoria de los Mil, y que fué acogido con delirantes aplausos y aclamaciones.

El alcalde de Quarto pronunció algunas palabras aceptando el monumento

Con gran solemnidad y en medio de un entusiasmo indescriptible, inauguróse el día 5 de este mes en Quarto, aldea situada en las cercanías de Génova, el monumento conmemorativo de la expedición de los mil garibaldinos que en 5 de mayo de 1860 fueron a la conquista del reino de Nápoles y Sicilia.

La ceremonia, a la cual asistieron el alcalde de Génova, la familia de Garibaldi, los sobrevivientes de la expedición, el poeta Gabriel d'Anunzio, varios elementos oficiales, representaciones de entidades políticas y patrióticas y un gentío enorme, comenzó dando lectura el alcalde de Génova, Sr. Marsone, al siguiente telegrama del Rey Víctor Manuel III: «Si las preocupaciones gubernamentales, trocando mi deseo en pesar, me impiden tomar parte en la ceremonia, mi pensamiento, sin embargo, no se aparta hoy del peñasco de Quarto. Envío emocionado mi saludo a esa playa célebre del mar de Liguria en donde nació el que primero preconizó la unidad de la patria y de donde partió el capitán de los Mil con una audacia inmortal hacia un inmortal destino. Y con el mismo fervor y el mismo calor de sentimientos que guió a mi gran abuelo, saco de la concordia que preside en la con-

en nombre de la municipalidad, y seguidamente formóse el cortejo imponente en el que figuraban 418 sociedades precedidas de sus banderas, y los estudiantes de las universidades con 27 estandartes. El cortejo desfiló ante el monumento, al pie del cual tocaban las músicas.

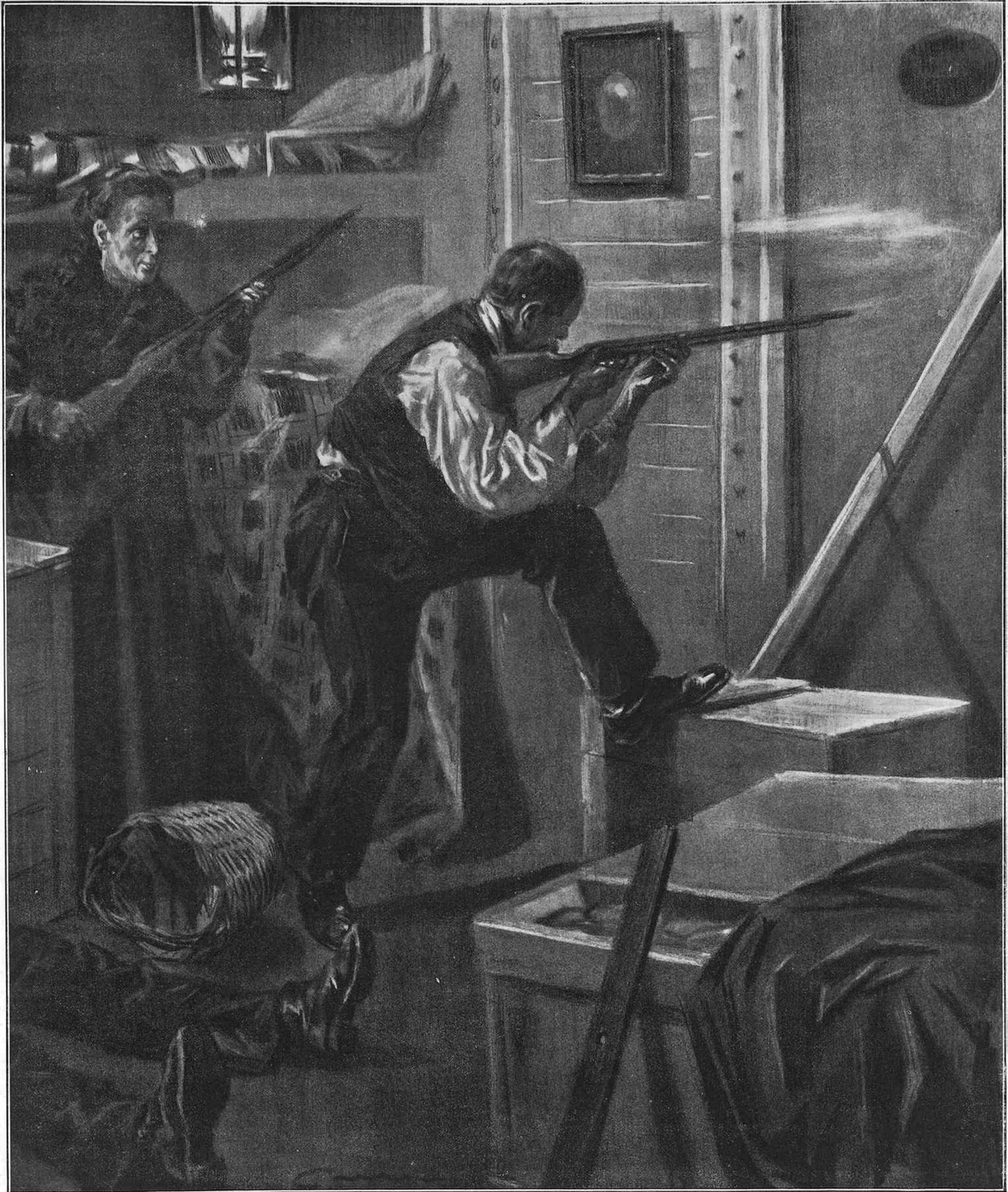
Terminada la ceremonia celebróse en Génova un banquete ofrecido por el Ayuntamiento, en el cual el senador francés Gustavo Rivet, presidente de la Liga franco-italiana, brindó por la noble ciudad de Génova, a la memoria de los Mil y de su heroico jefe, y por Italia.



Los garibaldinos sobrevivientes de la expedición de 1860 al pie del monumento después de la inauguración

LA ROCA DEL HOMBRE MUERTO

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS POR Q. - ILUSTRACIONES DE VICENTE CARRERES. (CONTINUACIÓN.)



Por toda contestación disparé un tiro a través de la puerta...

» - Me dispensará usted, Sr. Trenoweth, dijo. Sin duda pensará usted que esto es muy sentimental; pero no sé por qué me han inspirado respeto esos restos mortales. Supóngase usted que la cara de esa cabeza fuese realmente retrato de uno de los que enterraron ahí; en tal caso, el difunto se me parecía mucho, y yo perdono al escultor por haber hecho la caricatura de mis facciones, aunque si él viviera tal vez no procedería yo así. Por fortuna, como este si-

tio está bastante alejado, no es fácil que sean muchos los que noten la semejanza. ¡Ah!.. Se me olvidaba preguntar qué casualidad le había traído a este paraje. En cuanto a mí, parecióme haber oído un vago rumor en la espesura, adelantéme, y le vi a usted. ¡Bien, bien! Debo confesar que este mundo es muy extraño, pero me parecería maravilloso que esa tumba fuera de uno de mis antecesores, y no de poca importancia, a juzgar por lo magnífico de aqué-

lla, aunque bastante tosco. Esto es una belleza arqueológica; ignoraba que usted fuese aficionado a ellas, y me alegro de que se haya usted restablecido lo suficiente de su enfermedad para dedicarse de nuevo a sus estudios. Y ahora, Sr. Trenoweth, con permiso de usted proseguiré mi marcha hasta la cima, y por lo tanto le digo "adiós por ahora", pues como estamos destinados a encontrarnos, según parece, no sé si nos veremos pronto. Dejaremos esa cabeza

de piedra donde está, porque el muerto no la echará de menos, y de todos modos, la tendrá cerca. *Addio*, Trenoweth, le deseo la mejor suerte en sus futuras exploraciones.

»Al pronunciar estas últimas palabras, Colliver comenzó a escalar la montaña, cantando con su dulce voz como de costumbre.

»El sonido se perdió en la distancia antes de que yo me moviera; apenas había desplegado mis labios durante la entrevista, y ahora me costaba creer en su realidad; pero el agujero que Colliver acababa de tapar no permitía la duda. Entonces me horrorizó aquel sitio; fijé una mirada de espanto en la monstruosa cabeza, y alejéme de allí con la esperanza de que las plantas trepadoras ocultarían una vez más la horrible semejanza a los ojos del día.

»Al llegar al sendero encontré a mis guías, cuyas facciones expresaban inquietud. Excusé mi ausencia lo mejor que me fué posible, manifestando mi deseo de bajar cuanto antes. No dejé de sorprender a Pedro y Pablo por la prisa que me daba en llegar cuanto antes al bosque, pues solamente a su sombra se podía soportar el calor, y no quise detenerme hasta llegar a Ratnapura. Una vez aquí, en vez de volver por donde habíamos venido, tomé un bote a fin de trasladarnos por el río Kaluganga a Cattura, y desde aquí a Colombo, siguiendo la costa.

»Había conseguido el objeto que motivó mi viaje, y restábase sólo llegar a mi casa cuanto antes fuese posible; mas al escribir esto, mi malestar es indecible. Jamás me restablecí del todo de la herida que se me infirió en Bombay, y creo que el calor del sol durante las horas que estuve expuesto a sus rayos en la montaña me han perjudicado mucho, como no sea la fatiga del viaje. Por si acaso enfermo, lo mejor será ocultar mi secreto, y me parece que será más seguro enterrarle en el jardín de la casa donde estoy. Tengo una caja de estaño que me servirá para el objeto. La cabeza me da vueltas, y no puedo escribir más.»

X

CONTIENE LA TERCERA Y ÚLTIMA PARTE DEL «DIARIO» DE MI PADRE, DANDO CUENTA DEL MOTÍN DEL «BUENA FORTUNA».

«Junio, 19. — Es cosa extraña que siempre haya de enfermar por una causa u otra en las casas donde recibo hospitalidad. Desde que escribí mis últimas líneas en este *Diario* he estado a las puertas de la muerte, a consecuencia de haberme ocasionado una fiebre maligna el calor que sufrí en mi viaje al Pico. Por otra parte, temo que mi cabeza no volverá a estar nunca en su estado normal. La mano traidora que me hirió en la Colina de Malabar me ha dejado casi inútil. El Sr. Eversleigh me asegura que más de una vez se desesperó de salvarme, y doy gracias a Dios por haberme concedido la vida para atender a mi mujer y mi hijo.

»Espero que no habré revelado mi secreto en las horas de delirio, aunque el Sr. Eversleigh me asegura que dije las cosas más extrañas sobre rubies y esqueletos, y cierta cara horrible, de la cual trataba de escapar. Sin embargo, como ya tengo otra vez en mi poder la hebilla de oro y mi *Diario*, esto me tranquiliza. Se me permitía pasear un rato por el jardín diariamente; pero hasta hoy no tuve fuerza para desenterrar dichos objetos.

»¡Pobre Margarita... qué inquieta debe estar por mi silencio! La escribiré mañana, o al menos comenzaré su carta, pues no tendré bastante vigor para concluirla.

»Junio, 22. — Después de escribir a mi esposa, rasgué la carta, pensando que será mejor esperar hasta que reciba noticias sobre algún buque en que pueda viajar con seguridad. El Sr. Eversleigh, muy obsesivo para mí, se opone a que me marche hasta que recobre un poco más fuerza. No sé en qué parte del mundo estará Colliver ahora.

»Julio, 1.º — ¡Oh!, ¡cómo me desespera esta dilación! ¿No volveré a ver las costas de Inglaterra? El doctor dice que si me impaciento así acabaré por empeorar; pero la tardanza ha llegado a ser insostenible para mí, sabiendo que al fin de mi viaje encontraré los seres amados y, además, la riqueza.

»Julio, 4. — Accediendo a mis instancias, el señor Eversleigh ha consentido en informarse de los buques que saldrán de Colombo, y al fin ha calmado mi impaciencia, diciéndome que ha elegido un buque, previa mi aprobación, del servicio de la India, que debe hacerse a la vela dentro de dos semanas. Se llama el *Buena Fortuna*, capitán Ciro Hodding; tiene 600 toneladas de registro, lleva cargamento de azúcar y café, y solamente le tripulan nueve hombres. Mañana iré a verle con el Sr. Eversleigh, aunque

sé que de todos modos me convendrá, y lo único que siento es que no marche antes.

»Julio, 9. — Aunque mi excursión de ayer fué corta, me cansó tanto que no pude escribir. He visto el *Buena Fortuna*, y estoy muy satisfecho, sobre todo del capitán, que me parece un hombre honrado. Mi camarote, muy cómodo, está junto al suyo, y me costará muy poco; de modo que cuando llegue a mi casa aun tendré algún dinero. He escrito hoy a Margarita, sin decir nada de mis enfermedades, a fin de no inquietarla.

»Julio, 8. — Se me olvidaba decir que el *Buena Fortuna* pertenece a los Sres. Vincent y Heat, de Bristol, y que hará rumbo para este puerto. Los únicos pasajeros son el doctor Concanen y su esposa, conocidos del Sr. Eversleigh, quien me presentó a ellos esta mañana en el buque. El doctor es un hombre alto, muy vigoroso al parecer; pero su señora parece estar muy delicada de salud; por esto la ofrecí mi camarote, mejor que el suyo, pero no quiso aceptar. Acompaña también a esta señora una mujer indígena, en clase de doncella.

»Julio, 11. — Marcharemos dentro de una semana. He hablado hoy con el capitán Hodding, y me dice que espera hacer una rápida travesía, aunque se queja de falta de manos para la maniobra. No he vuelto a ver al doctor Concanen.

»Julio, 16. — Mañana nos haremos a la vela; ya he terminado mis preparativos, y estoy dispuesto para el embarque. El capitán no ha encontrado más marineros.

»Julio, 17, a las siete y treinta de la tarde. — Hemos levado anclas, y comenzamos a navegar. El doctor Concanen está en la cubierta conmigo, y los dos contemplamos la isla de Ceilán, cada vez más confusa en el horizonte. Cuando al fin perdí de vista el Pico de Adam, que parecía desvanecerse entre la bruma, di gracias a la Providencia, que hasta entonces me había protegido tan maravillosamente. Sopla una brisa bastante favorable, y aunque son pocos los marineros, la maniobra se hace bien. Una semana antes de embarcarnos habíanse echado de menos tres hombres, y aun no he visto al capitán para preguntarle si había podido reemplazarlos a última hora.

»Julio, 18. — Me inquieta mucho el descubrimiento que hice esta mañana. Al subir a cubierta vi en el castillo de popa un hombre, cuyo aspecto me pareció familiar, aunque estaba vuelto de espaldas; me acerqué, y vi que era Simón Colliver. Con gran sorpresa observé que vestía el traje de marinero, y que llevaba zarcillos en las orejas, según costumbre. Al verme, se adelantó con la sonrisa en los labios, y dióme explicaciones.

» — Está visto, Sr. Trenoweth, dijo, que hemos de encontrarnos en todas partes. Sin duda le extrañará a usted mi nuevo traje; pero... ¿qué tiene usted? Diríase que acaba de ver una fantasma. Esto es otro capricho de la suerte. Sepa usted que después de mi viaje al Pico enfermé, y aunque Railton me cuidó con la mayor solicitud, gastó todo mi dinero, y al sacudir la fiebre que me aquejaba me encontré sin un cuarto. Por fortuna, soy hombre de recursos, y me ocurrió ganar el importe de mi pasaje sirviendo como marinero a bordo de este buque, que necesitaba tripulantes.

» — ¿Y está Railton aquí también?, pregunté.

» — ¡Oh!, sí, y vestido como yo. No tuve tiempo de verle a usted ayer, pero sí me ha sido más agradable encontrar a usted aquí. Espero que dará usted buenos informes de mí al capitán. ¡Vamos, adiós por ahora! Tengo mucho que hacer.

»No puedo expresar hasta qué punto me inquieta este incidente. Cierto que no tengo motivos para dudar de lo que ese hombre me dice; pero la frecuencia y la singularidad de nuestros encuentros me induce al fin a creer que no son casuales.

»Esta tarde he visto a Railton, y me parece que debe haber bebido mucho antes de embarcarse; pero el capitán estaba tan falto de marineros, que ni hizo caso de esto. Creo que daré al Sr. Concanen mi caja de zinc para que la oculte en su camarote, porque es persona que merece mi confianza, y así evitaré un robo; en cuanto a la hebilla, la llevo para mayor seguridad. La idea me parece buena, y ahora mismo voy a ver al Sr. Concanen.

»Julio, 20. — Hasta ahora avanzamos con bastante celeridad, y el capitán Hodding cree que la rapidez será mayor cuando los marineros se acostumbren al trabajo. El Sr. Concanen se ha encargado de guardar mi caja, y estoy muy agradecido de su bondad.

»Julio, 21, 22, 23. — El tiempo sigue siendo magnífico, y la brisa favorable. Yo espero que durará, no solamente porque me acerco más a mi casa, sino porque el calor sería intolerable de otro modo.

»Julio, 24. — El tiempo es bueno aún; pero hoy ha

ocurrido un desgraciado accidente. Wilkins, el primer marinero, estaba al pie del palo mayor a eso de las cuatro y media de la tarde, cuando Railton, que se hallaba arriba, dejó caer una pesada garrucha, la cual fué a dar en la cabeza de Wilkins, dejándole muerto en el acto. Era un hombre honrado y muy buen navegante, según me ha dicho el capitán, quien le apreciaba como un verdadero amigo, y está muy contristado por su muerte. El pobre Railton parecía muy trastornado por la desgracia de que era causante, y aunque este hombre me desagradaba, parece tan arrepentido, que le compadezco.

»Julio, 25, a media noche. — Se ha sepultado a Wilkins en el mar, según costumbre, y después fui al camarote del Sr. Concanen; pero tal era nuestra melancolía, que apenas hemos hablado.

»Del 26 de julio al 14 de agosto. — No ha ocurrido en este tiempo nada de particular. El viento cesó ayer (3 agosto), y han seguido algunas horas de calma.

»Agosto, 5. — Uno de nuestros marineros, Griffiths, cayó ayer al mar y se ahogó: él y Colliver estaban en la verga del trinquete, cuando al infeliz se le resbaló un pie, y en vez de ir a parar a la cubierta, se hundió en las olas. El capitán subió presuroso al oír a Colliver gritar: «¡Hombre al agua!»; mas ya era demasiado tarde, pues como avanzábamos a razón de ocho nudos por hora, cuando se detuvo la marcha ya no vimos al pobre hombre.»

En este punto el *Diario* no tiene apenas ningún interés, pues los apuntes se refieren principalmente al tiempo. No hay más que dos asientos de alguna importancia, uno del 20 de agosto, para decir que se ha doblado el Cabo, y otro escrito dos días después, cuyo contenido es el siguiente:

«Agosto, 22. — El doctor Concanen entró en mi camarote esta mañana para anunciarme que su esposa había dado a luz un hijo, y retiróse pocos momentos después, porque debía cuidar a su señora. He pasado todo el día en cubierta con el capitán Hodding, que vigila mucho ahora.»

Siguen otros asientos sin la menor importancia.

«Septiembre, 6. — Hemos dado vista a la isla de la Ascensión.

»Septiembre, 8, 9. — Hay poco viento, y el calor es sofocante. Hoy ha ocurrido un incidente, el cual me demuestra que fué una medida muy prudente confiar mi caja al doctor. Hallábame con éste sobre cubierta, cuando eché de ver que no tenía suficiente tabaco, y al ir a buscarle a mi camarote, vi a Colliver que salía de él. El hombre se desconcertó un poco, pero dió por excusa que había ido a buscar un termómetro del capitán, pedido por mí para hacer observaciones. Ahora estoy seguro de que Colliver buscaba mis papeles, tanto más, cuanto que yo había devuelto ya el termómetro dos días antes. En cuanto a Railton, su mirada me parece cada vez más siniestra, y cuando me ve, aparta la vista. No creo que se deba esto a la muerte del pobre Wilkins.»

Siguen otros asientos en que solamente se habla de la marcha del buque y de la maniobra. El 17, sopló una ligera brisa del NE. y el 19 se pasó por delante de Cabo Verde.

«Septiembre, 24. — Poco después de amanecer subí a cubierta, donde encontré ya al capitán; diríase que ya no duerme, pues desde la muerte de Wilkins se ha encargado de dirigir la navegación él solo. He notado en su fisonomía cierta expresión grave, y me ha dicho que durante la noche han enfermado dos marineros a causa de haber sido atacados de violentos vómitos, tanto que se hallaban en grave peligro. Mientras me decía esto, vimos acercarse al doctor, que llamó aparte al capitán. Conversaron durante cinco minutos, y oí a éste último decir de pronto en alta voz: «Bien, doctor, tal vez usted lo crea así; pero yo lo dudo.» Poco después el doctor bajó a ver a los pacientes, y no habló nada durante la comida.

»Septiembre, 25. — Uno de los marineros, Walters, murió anoche después de una dolorosa agonía. Hemos visto el Pico de Tenerife a primera hora de la tarde. El doctor está abajo, analizando el alimento, y creo que esto le preocupa mucho.

»Septiembre, 26. — Otros tres hombres se sintieron atacados anoche de los mismos síntomas; y como ya hemos tenido tres bajas y hay cinco hombres enfermos, faltan manos para la maniobra. Walters fué sepultado. La señora Concanen me ha dicho que su esposo ha hecho la autopsia del cadáver.

»Abro mi *Diario* otra vez para anotar otro incidente que me inquieta mucho. Es muy extraño, pero me falta una de las piezas de la hebilla de mi padre, y sé positivamente que la tenía anoche en el bolsillo. Ahora recuerdo que oí caer alguna cosa esta mañana cuando me vestía, pero aunque he buscado por

todo el camarote, no encuentro nada. De todos modos, aunque haya caído en manos de Colliver, lo cual no es probable, nada puede hacer con eso, y por fortuna, recuerdo muy bien las palabras escritas, porque las llevo grabadas en el corazón. Sin embargo, la pérdida me disgusta bastante, y volveré a buscar bien esta noche.

»Septiembre, 27. — Sopla el viento NO. El doctor fué llamado anoche para visitar a uno de los que enfermaron dos días hace. El pobre hombre murió antes de amanecer, y me han dicho que otro cuenta pocas horas de vida. El doctor ha vuelto a conversar con el capitán, que ahora parece estar muy inquieto y nervioso. Sin duda se resiente de la falta de sueño.

»Septiembre, 28. — Todos los marineros están muy ocupados en la maniobra. Tres de los enfermos han mejorado, pero el otro se halla en una situación muy crítica.

»Septiembre, 29, 30; octubre, 1.º, 2.º. — Tenemos fuertes chubascos, y seguramente habrá mar muy gruesa en la Bahía de Vizcaya. Los enfermos se restablecen, y uno de ellos estará bastante fuerte para trabajar dentro de dos días. El Dr. Concanen, sin embargo, se encierra en un silencio que me parece singular, y el capitán no está nunca tan alegre como antes.

»¿Cuándo terminará este triste viaje!

»Octubre, 5. — Quiero escribir algunas palabras sobre lo que ha sucedido, no porque vea ahora la menor probabilidad de abandonar este maldito buque, sino con la esperanza de ayudar a la Providencia, en cuanto sea posible el auxilio humano, a denunciar a esos infames a la justicia, si este *Diario* me sobreviviere.

»Anoche, poco antes de las diez, fuí al camarote del Sr. Concanen a instancias de éste. El doctor parecía muy ocupado en algún trabajo de su profesión, al que se dedicaba hacía días, según me dijo su señora. Era ya cerca de media noche, cuando el niño, que dormía a su lado, despertóse, y comenzó a llorar. La madre trató entonces de calmarle; el doctor, dejando sus libros, acercóse en aquel momento, y como se despertase también la nodriza indígena, que dormía en el camarote contiguo, por haber oído llorar a la criatura, presentóse al punto y ofreció llevarse la. La señora Concanen rehusó, y la joven se retiraba ya, cuando de pronto oímos un grito, y la voz del capitán que decía: ¡Trenoweth, doctor, socorro, socorro!

»El doctor se precipitó en pos de la nodriza, y yo iba detrás; en el mismo instante resonaron dos tiros, disparados uno tras otro, y como el golpe de un cuer; o pesado al caer. La nodriza rodó a mis pies, profiriendo un grito, y vi al doctor retroceder tambaleándose. Rápido como el pensamiento, los introduje dentro del camarote, y después de cerrar la puerta comencé a examinar sus heridas. La pobre mujer había muerto ya, a causa de haberle atravesado una bala el pecho, mientras que el doctor Concanen se desangraba horriblemente por una herida que tenía debajo del hombro; el proyectil había lacerado el brazo y cortado una arteria. La señora Concanen, arrodillada junto a su esposo, trataba en vano de contener la sangre que manaba de la herida.

»Lo extraño es que el ataque, fuera de quien fuese, no se repitiera entonces; pero oí otros dos tiros sobre cubierta, y después un gran ruido en la parte anterior del buque, lo cual me hizo creer que los amotinados se fortificaban en el castillo de popa. Abrí la puerta para ir a ver qué ocurría, cuando el doctor me dijo con voz débil:

»— ¡Pronto, Trenoweth, no se cuide usted de mí! Tengo la arteria principal destrozada y no puedo vivir muchos minutos... Corra usted al camarote del capitán y asegúrese de las armas, pues tan pronto como esos bribones concluyan arriba, bajarán a buscarnos...

»Abrí la puerta, miré a la señora Concanen, que aunque pálida como un difunto no había perdido un momento su presencia de ánimo, y haciéndola seña para que volviese a cerrar, deslicéme por el pasadizo y llegué al camarote del capitán. Allí encontré dos carabinas, un frasco de pólvora y algunas balas. También vi un paquete de cartuchos de revólver, pero no el arma; y de pronto pensé que los tiros que acababa de oír debían haber sido disparados con el revólver del capitán, cogido sin duda sobre su cadáver. Sí; estaba seguro de ello; los amotinados no tenían más armas de fuego ni municiones, y por lo tanto podía imponerles la ley.

»Temeroso de ser sorprendido, me dirigí ligeramente al camarote de Concanen, y apenas hube llegado a la puerta, oí un grito que acababa de resonar arriba.

»Momentos después, un hombre, en quien reconocí por la voz a Johnston el carpintero, bajó precipitadamente por la escalerilla, gritando:

»— ¡Ocultéme usted, doctor, ocultéme usted.

»Al abrir la señora Concanen la puerta, apenas la llamé, oyóse otro tiro; el hombre levantó los brazos, y suponiendo yo que estaba herido le hice entrar en el camarote; mas cuando volví la cabeza, después de atrancar la puerta, vile tendido boca abajo, y muerto ya: la bala le había atravesado sin duda el corazón.

»El doctor exhalaba ya el postrer aliento, en medio de un mar de sangre, y al inclinarnos sobre él para recoger sus últimas palabras, oímosle murmurar:

»— ¡Railton fué el que yo vi! Railton... y... ¡Adiós, Alicia!..

»El doctor no pudo concluir y expiró.

»Coloqué el cadáver en un ángulo del camarote, despojéme de mi chaquetón para cubrirle la cara, y volvíme hacia la señora Concanen.

»Tenía los ojos secos, pero el rostro espantosamente pálido.

»— Déme usted una de esas carabinas, dijo con voz serena, y dígame cómo se cargan.

»En el momento de coger la carabina oí pasos como de una persona que bajara lentamente por la escalerilla; un momento después descendieron dos golpes en la puerta del camarote, y reconocí la voz de Colliver, que gritaba:

»— ¡Trenoweth, perro judío!.. ¿Qué hace usted ahí? Vengan esos papeles y salga al punto del camarote.

»Por toda contestación disparé un tiro a través de la puerta, y un momento después oí subir rápidamente la escalera.

»Eran las tres de la madrugada, y para aumentar los horrores de aquella situación la lámpara se apagó de pronto, dejándonos sumidos en la obscuridad. Entonces conduje a la señora Concanen junto al niño, y después de atrancar la puerta me senté para reflexionar.

»Si los revoltosos no tenían más armas que el revólver del capitán, como yo suponía, no les quedaba más que un tiro, pues yo había contado cinco, y no era de presumir que Hodding llevase consigo otros proyectiles, mucho menos no sospechando peligro alguno.

»En cuanto al número de hombres, incluso el cocinero, calculé que había catorce a bordo; de éstos, cinco estaban enfermos, y sin duda se hacían fuertes en el castillo de popa; el carpintero acababa de morir, y a juzgar por el grito que precedió al del capitán, otro hombre había perecido.

»En su consecuencia quedaban ocho, y ahora la cuestión era saber cuántos eran los amotinados. Colliver y Railton habían sido seguramente los promovedores; mas no podía suponer quiénes se habrían unido con ellos. Davis, que hacía las veces de primer marinero, era un hombre leal, y de éste, por lo menos, no tenía la menor sospecha.

»A este punto llegaba de mis reflexiones, cuando un grito que reconocí muy bien anuncióme que acababan de coger a Cox el timonero, a quien asesinaban sin duda; después siguióse un silencio profundo que duró toda la noche.

»Debo apresurarme a concluir este relato, porque no tengo más luz para escribir que la que penetra por la claraboya.

»Apenas amaneció el siguiente día, resolví practicar un reconocimiento, y después de abrir silenciosamente la puerta del camarote, franqué la escalerilla. Llegado casi a flor de cubierta, pude ver a los revoltosos sentados junto a una escotilla y bebiendo; eran cuatro, Colliver, Railton, un marinero llamado Rogerson, castigado últimamente por el capitán a causa de haberse dormido durante la guardia, y el cocinero, que era un chino.

»Rogerson no estaba con los demás, y ocupábase en dar vueltas a la rueda del timón, por lo cual procuré no asomarme demasiado, temeroso de que me viese; mas parecióme que estaba medio borracho, y que miraba a sus compañeros con expresión de disgusto.

»Precisamente en el momento en que yo apuntaba a Colliver con mi carabina para castigar al infame, Rogerson me divisó e hizo una señal de alarma; los tres se pusieron en pie al punto y corrieron hacia mí, precediéndoles el cocinero. Cambié rápidamente la puntería, y cuando el chino estuvo bastante cerca, hice fuego. Sin duda le herí en el tobillo, pues comenzó a cojear, y vino a caer a unos diez pasos de distancia de donde yo estaba; sin esperar más, bajé corriendo la escalerilla, volviéndome tan sólo para disparar otro tiro; mas no creo que toqué a nadie. Colliver y Railton me persiguieron hasta cerca del

camarote, y después dirigiéronse hacia su compañera para levantarle.

»El resto del día pasó con tranquilidad, y por fortuna teníamos a nuestra disposición un cajón grande de galleta que nos permitió sostenernos algún tiempo. La señora Concanen y yo vigilamos por turno durante la noche.

»Octubre, 6. — A eso de la una y media de la madrugada estaba durmiendo, cuando la señora Concanen me despertó, diciéndome que oía ruido en la claraboya. Los revoltosos, viendo que éste era el único punto por donde podían atacarnos con más seguridad habían atado unos cuchillos en la extremidad de largas pértigas, y esforzábanse por herirnos. Era tal la obscuridad que apenas podía apuntar; pero dos tiros disparados sucesivamente bastaron para ahuyentar al enemigo.

»El resto de la noche pasó en tranquilidad, oyéndose tan sólo los gritos de la pobre criatura, muy lastimosos en aquel momento. Tampoco hemos tenido novedad alguna durante el día; pero he percibido un sordo rumor en el castillo de popa, ocasionado sin duda por los hombres que están allí, y que tratan de abrirse paso.

»Octubre, 7. — Aun no nos han molestado. Tal vez los revoltosos se proponen sitiarnos por hambre, o tratan de infundirnos confianza. En cuanto a lo primero, con el cajón de galleta tenemos para una semana, o más; y por lo que hace a lo segundo, difícil es que nos sorprendan, porque la señora Concanen o yo vigilamos sin cesar. La voz de Railton resonaba mucho a veces, y también oía la de Colliver.

»Este hombre es nuestro enemigo encarnizado. Poco tiempo tengo para escribir, y a cada palabra debo mirar a la claraboya.

»Octubre, 8. — A juzgar por las cabezadas del buque, debe haber muy mala mar, y creo que todos los tripulantes se han emborrachado. Es preciso buscar medio para retirar de aquí los cadáveres cuanto antes: mas no me atrevo a decir nada a mi compañera sobre este punto; no podría expresar con palabras cuánto me admira el valor de esta señora, tan delicada al parecer. Parece que está resuelta a luchar hasta el fin; pero su pobre niño se muere, o por lo menos lo creo así.

»¡Feliz él, que no puede darse cuenta de todos estos horrores!

»Octubre, 9. — Cansado de esta inacción, quise practicar otro reconocimiento. Rogerson desempeñaba sus funciones de timonel, y Railton le hablaba, con una botella en la mano, y muy excitado. No pude divisar a Colliver al principio; mas al fijar la vista en las jarcias, observé una cosa que me llamó la atención.

»En los brazos de gavia hallábase el contra maestre Kelly, al parecer dormido, y debajo de él, Colliver trepaba con el cuchillo en la boca, faltándole ya apenas dos varas para alcanzar al hombre. Al punto hice fuego, y erré el tiro; pero Kelly se despertó, y cogiendo una garrucha, preparóse a la defensa. En el mismo instante, Railton y Rogerson corrieron hacia mí; al retroceder por la escalerilla, tropecé, y la carabina se disparó, hiriendo el proyectil a Rogerson, que iba delante; pero alcanzóme, y los dos rodamos abajo.

»Mi enemigo levantaba ya su cuchillo contra mí cuando resonó una detonación, y Rogerson, abriendo la mano que me sujetaba el brazo, quedó inmóvil, lo cual dióme tiempo para ganar el camarote: a la puerta estaba la señora Concanen con una carabina en la mano, humeante aun.

»Sin embargo, antes de que pudiéramos cerrar la puerta, Colliver, que había llegado ya a la cabeza de la escalerilla, hizo fuego a su vez, y la pobre señora cayó de espalda dentro del camarote. Cerré al punto, y al inclinarme sobre mi compañera, observé que había recibido un balazo en la región del corazón; la infeliz no hizo más que señalarme la pobre criatura, y expiró.

»¿Podría darse más horrible tragedia?

»Octubre, 10. — He pasado toda la noche en vela, procurando acallar los gritos del pobre niño, y alerta de continuo. Hay muy mala mar, y me horroriza ver cómo los cadáveres ruedan de un lado a otro del camarote. Acabo de oír un grito en la cubierta y supongo que el pobre Kelly ha caído de las gavias rendido de fatiga. En el castillo de popa se produce un ruido espantoso, y tal vez hayan muerto algunos de los hombres que allí están.

»Octubre, 11, a las cinco de la madrugada. — El niño está en las angustias de la muerte. Acaba de estallar una terrible tempestad; y con la tripulación que ha quedado no puede haber esperanza de que el buque se salve, sobre todo si hay tierra cerca. Dios nos asista y...»

(Se continuará.)

NOTAS ARGENTINAS. — LA INTENDENCIA MUNICIPAL DE BUENOS AIRES. — EL EMBAJADOR DE LA ARGENTINA EN LOS ESTADOS UNIDOS

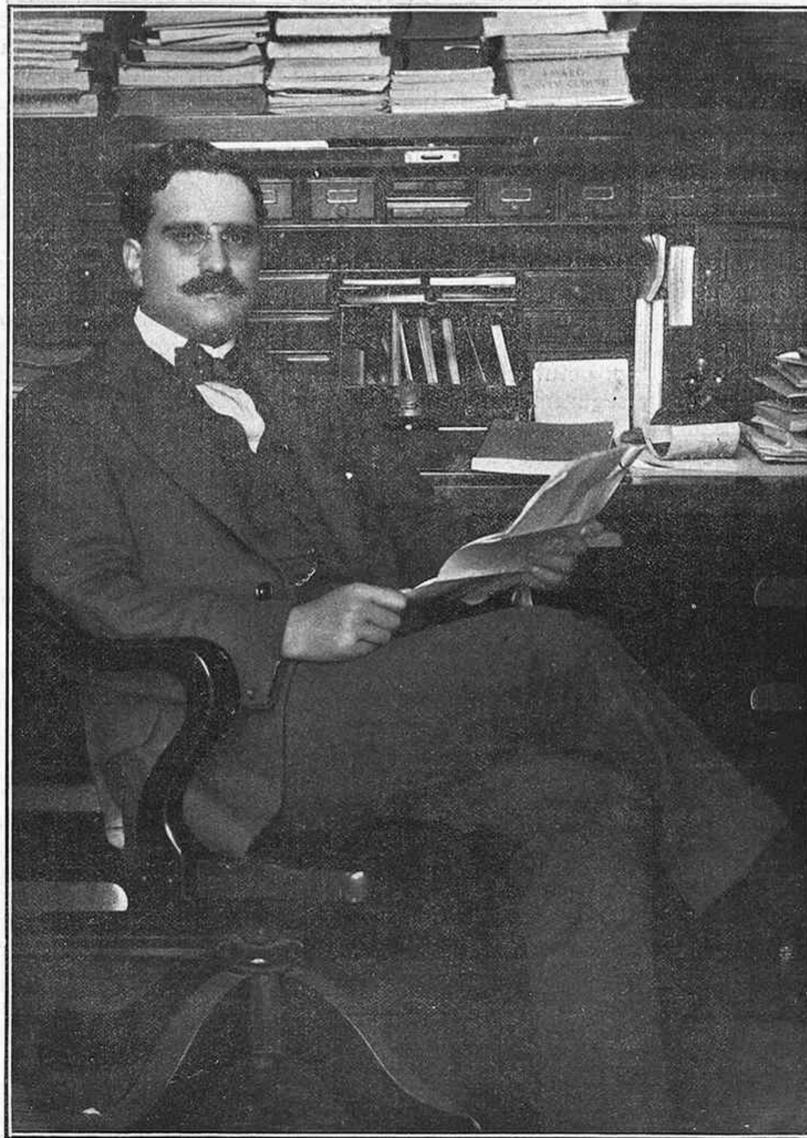
Para el alto puesto de Intendente buscaron siempre los gobiernos todos, hombres no sólo de intachable moralidad, sino de personal valimiento, tanto

Como el Dr. Gramajo es hombre joven aún, y se sabe que es enérgico y bien intencionado, y gran conocedor de la vida municipal de las viejas capitales eu-

del *Materialismo Histórico, El Sindicalismo, La Economía política y la Cuestión Social, El Sweating System y El Paro Forzoso.*



Dr. D. Arturo Gramajo, Intendente municipal de Buenos Aires



Dr. D. Enrique Ruiz Guiñazú, Secretario de Hacienda y Gobierno

que por la Alcaldía de la capital federal, pasaron ciudadanos de la indiscutible talla de Alvear, de Cané, de Budrich, de Anchorena, para no citar más que algunos, y es que el Poder Central ha comprendido en todos los tiempos que es tarea harto difícil administrar la vida económico-social de una ciudad de más de millón y medio de habitantes.

Cuando el Dr. Joaquín S. de Anchorena, a quien la posteridad reservará honradísimo sitio al lado del Dr. Alvear, presentó la dimisión de su cargo, el Gobierno del Dr. de la Plaza se vió momentáneamente perplejo para dar con el hombre que pudiera reemplazarle con lucidez; y tras larga meditación ofreció el puesto al doctor Arturo Gramajo, a la sazón en Londres, quien, aceptando el cargo, emprendió viaje de regreso a la patria para ponerse al frente de Departamento tan vasto y complicado.

El Dr. Gramajo, tenía 19 años de edad cuando recibió su título de abogado, y al poco tiempo, ansioso de ensanchar sus conocimientos, se trasladó a Europa, nombrado por el Gobierno Agregado *ad honorem* a la Legación Argentina en París.

De vuelta a su tierra, desempeñó varios cargos públicos, tales como la Presidencia del Consejo Carcelario, la de la Comisión Nacional de la extinción de la langosta, problema que como se sabe, preocupa mucho a los hombres pensadores del país, y Miembro de la Comisión Municipal en el período de 1903 a 1904.

En la campaña de 1910, fué, como Presidente de la Comisión de Hacienda de la Unión Nacional, uno de los elementos de mayor arraigo para levantar y llevar al triunfo el nombre del Dr. Roque Sáenz Peña para la Presidencia de la República.

Hombre de sólida fortuna, el Dr. Gramajo es ante todo y sobre todo, un hombre activo, laborioso y de iniciativa. Cree, según demuestra con sus hechos, que la acción debe responder al pensamiento, y al frente de la Municipalidad, en momentos difíciles para su vida económica, se propone sin vacilaciones inútiles y sin atropellos perjudiciales encauzar por segura senda los múltiples y servicios comunales.

ropeas — incluso Barcelona — los habitantes todos de Buenos Aires tienen fe en él confiando en que la vasticidad de sus talentos y su amor a la capital, harán que su administración se destaque como una de las más provechosas a sus intereses.

Uno de los primeros actos, reveladores de su cla-



Medalla otorgada por la Sociedad Pensilvania al Dr. Rómulo S. Naón, embajador de la República Argentina en los Estados Unidos

ro talento, fué el nombrar Secretario de Hacienda y de Gobierno de la Municipalidad al Dr. Enrique Ruiz Guiñazú, todavía joven, pues recibió su título de abogado en 1904 laureándose su tesis titulada «*Quiebras — Concordato Preventivo*». Nombrado en 1907 profesor suplente en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, a los dos años fué catedrático titular con el encargo de dictar la clase de Economía Política. En esta especialidad lleva publicados, que yo sepa, los siguientes trabajos: *La teoría*

Nombrado por el Intendente Sr. Güisaldes para el mismo puesto que hoy desempeña, publicó *Finanzas Municipales, Las Compañías telefónicas, Estudio sobre los Impuestos Seccionales, Proyecto de unificación de deudas municipales*, etc., etc., lo que importa decir que es el Dr. Ruiz Guiñazú un estudioso, un hombre trabajador.

Pero lo que le atrae con verdadera pasión es el estudio de la historia argentina en su época colonial. Es un elemento valioso dentro de las hoy numerosas huestes del hispano-americanismo. Fué ensayando el género con trabajos tan recomendables como *El virrey Wertiz y su efigie, La tiranía de Lariz, Los abogados coloniales, Iconolatría indiana*, etc., etc. En la actualidad está reuniendo datos y acumulando noticias para escribir una obra verdaderamente original, *La Magistratura Indiana*.

Tal es el hombre que llevó a su lado el doctor Gramajo para que le ayude en su múltiple labor y pesada tarea. Ambos son jóvenes, y cada uno en su esfera, pueden hacer mucho y bueno por Buenos Aires.

Una noticia de carácter particular: hablé, con ambos, de España y de la capital catalana, y ambos dijeron que si admiran a la madre patria en su nuevo despertar no admiran menos a Barcelona, una de las más hermosas ciudades del viejo mundo. — R. MONNER SANS.

Recientemente ha presentado en Washington sus credenciales de embajador extraordinario y ministro plenipotenciario de la República Argentina en los Estados Unidos el distinguido diplomático D. Rómulo S. Naón.

Pocos días después de la ceremonia oficial, la Sociedad de Pensilvania, de Nueva York, hizo entrega al Sr. Naón de la medalla que adjunta reproducimos, y al entregársela, el exgobernador Edwin S. Stuart dedicó grandes elogios al diplomático que tan acertadamente ha tratado del derecho de las naciones neutrales. El Dr. Naón agradeció el presente y encomió la conveniencia de fomentar los intereses comunes a la República de los Estados Unidos y a la Argentina.



Madrid. - Entierro de la marquesa de Squilache. Paso de la fúnebre comitiva por el Paseo de Prado. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

LA MARQUESA

DE SQUILACHE

El día 8 del corriente falleció en Madrid esta ilustre dama, una de las figuras más prominentes de la aristocracia española, de quien con razón se ha dicho que su inteligencia, su tiempo y su dinero estaban siempre a disposición de toda iniciativa humanitaria patriótica y de cultura.

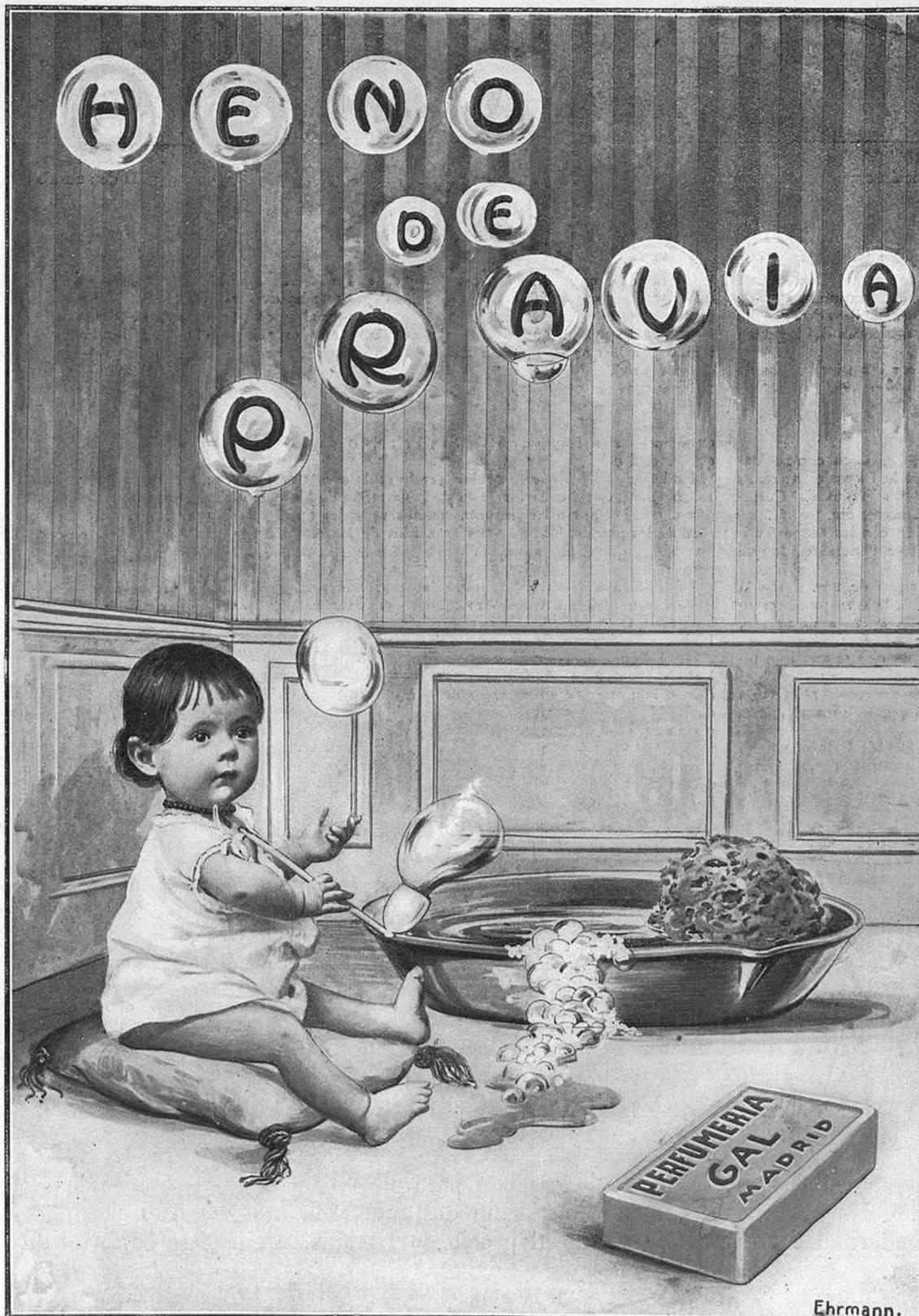
En sus salones, abiertos siempre no sólo a la nobleza sino también a artistas, literatos, políticos, militares, banqueros, comerciantes e industriales, celebráronse fiestas brillantísimas que dejaron imperecedero recuerdo; y sus comidas y tertulias periódicas eran reuniones de una intimidad encantadora.

Mas no es el aspecto mundano en el que más relieve alcanzó la marquesa; dotada de un gran corzaón y de un alma generosa, fué la excelsa dama una verdadera madre para los pobres. Su caridad era inagotable; nadie acudió a ella en vano cuando de remediar alguna miseria se trataba, y no hubo, mientras vivió, obra benéfica a la que su nombre no apareciese asociado en primer término, ni empresa filantrópica a la que no contribuyese con importantes donativos. Enumerar esas obras y esas empresas ocuparía un gran espacio del que no disponemos.

Tenía una inteligencia natural clara y rápida, y un carácter tan bondadoso como enérgico y decidido, y era una trabajadora infatigable que no descansaba un momento hasta ver coronada por el éxito la tarea que se imponía.

Su muerte ha sido sentidísima en toda la alta sociedad madrileña; pero aun más la lloran los desvalidos que pierden con ella a una protectora que jamás les regateó sus donativos y sus consuelos.

Doña María del Pilar de León y de Gregorio, que así se llamaba la marquesa de Squilache, era hija de una ilustre familia andaluza y había nacido en Córdoba en 1842. Casó muy joven con el distinguido marino D. Victoriano Díaz Herrera, y, viuda de éste, contrajo segundas nupcias con el inteligente político y diplomático marqués de Villamantilla, a quien acompañó a Washington y a Constantinopla. En 1888 casó por tercera vez con el opulento capitalista D. Martín Larios.



Ehrmann.

El título que ostentaba le fué concedido en 1890 y la grandesa de España en 1910. Era dama de S. M. la Reina D.^a Victoria Eugenia y dama noble de María Luisa; poseía la cruz *Pro Ecclesia et Pontifice*, la de rubíes del Santo Sepulcro, la placa de la Cruz Roja y la encomienda del Chefacat, de Turquía.

También era presidenta de la Cruz Roja y honoraria del Círculo de Bellas Artes de Madrid, y figuraba en las juntas de numerosos asilos y asociaciones benéficas.

El entierro de la marquesa de Squilache constituyó una imponente manifestación de duelo a la que se asociaron todas las clases sociales, desde las más elevadas hasta las más humildes.

Desde la capilla ardiente fué conducido el féretro por cuatro criados de la marquesa al landó que había de conducir el cadáver.

En otro landó se colocaron las coronas enviadas, entre ellas una del Círculo de Bellas Artes.

Las dos presidencias del duelo estaban formadas, la primera por los representantes de SS. MM. los Reyes D. Alfonso, Doña Victoria y Doña María Cristina y de SS. AA. Doña Isabel, D. Carlos, D. Fernando y D. Antonio; y la segunda por el obispo de Madrid Alcalá, el presidente del Consejo de Ministros, las autoridades y los individuos de la familia.

La concurrencia era verdaderamente extraordinaria pudiendo afirmarse que todo Madrid estaba representado en ella. Figuraban también en la misma los asilados de los establecimientos benéficos.

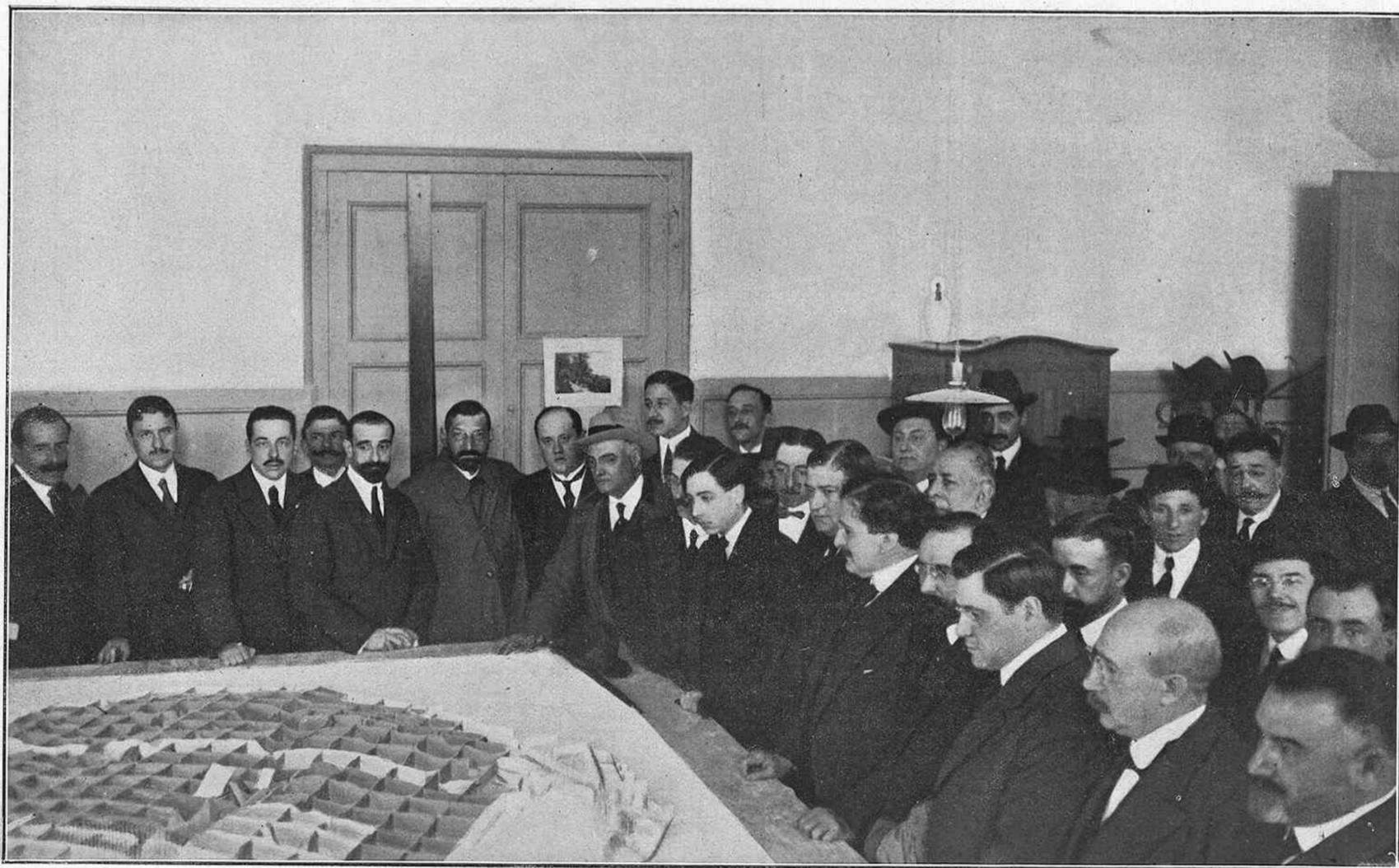
Las calles por donde pasó la fúnebre comitiva estaban llenas de un gentío inmenso, que contemplaba emocionado el paso del cadáver de la que en vida tanto bien hizo a los pobres.

Llegado el entierro al Asilo de Jesús de San Martín, quedó allí depositado el cadáver, después de haber rezado el clero varios responsos.

Aquella misma tarde, los restos mortales de la ilustre y virtuosa dama recibieron cristiana sepultura en la cripta del Asilo de Jesús de San Martín, situada debajo del altar mayor de la capilla.

En la propia cripta está enterrado el cadáver del tercer esposo de la marquesa, D. Martín Larios.

BARCELONA. - LA FUTURA EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE INDUSTRIAS ELÉCTRICAS



El Comité de la Exposición explicando a los invitados los pormenores de la misma sobre un plano en relieve. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Invitados por la Junta directiva de la futura Exposición Internacional de Industrias Eléctricas y General Española, el Ayuntamiento, los vocales propietarios de la comisión de Ensanche y la prensa han efectuado recientemente una visita a las oficinas de la misma y a la montaña de Montjuich, a fin de hacerse cargo de los trabajos preliminares llevados a cabo hasta la fecha y de las excepcionales condiciones del lugar en donde la exposición ha de emplazarse.

Los Sres. Cambó, duque de Solferino y otros individuos de la Junta y el personal administrativo y técnico dieron cumplidas y minuciosas explicaciones sobre los referidos trabajos, que se hallan reunidos en el llamado Palacio del Gobernador del Parque y que comprenden los elementos siguientes:

Planos completos de la montaña de Montjuich con indicación de la gran vía, arteria principal de la Exposición; zonas en donde deben situarse los principales edificios del Certamen, distribución de parques, jardines, lagos, etc.

Anteproyecto general de la Exposición con los planos suficientemente estudiados para dar una idea general de lo que aquélla podría llegar a ser.

Una perspectiva de conjunto que pone de manifiesto la grandiosidad de la obra proyectada, cuya belleza puede comprobarse también examinando la amplia avenida de acceso, que es de un efecto sorprendente.

Una extensa memoria descriptiva en la que se analizan todos los asuntos que han de integrar la Exposición.

Gran número de cuadros gráficos y de proyectos relativos a asuntos concretos que han de motivar aspectos e instalaciones interesantes de la Exposición.

Una serie completa de mapas históricos de Cataluña y del resto de España para analizar y hacer patentes diversas modalidades de la vida nacional.

Estadísticas completas de la mayor parte de las fuentes de riqueza de España.

Más de un millón de fichas referentes a la preparación de la propaganda futura de la Exposición.

La clasificación general de las exposiciones representadas por ricas colecciones de documentos y datos de información que constituyen verdaderas monografías de lo que ha de ser cada uno de los múltiples grupos del certamen, de algunos de los cuales hay ya terminados trabajos detalladísimos, especialmente por lo que se refiere a diversos aspectos de la actividad nacional.

Un estudio completo y ampliamente documentado de todas las exposiciones que se han celebrado en el mundo, en el que llama particularmente la atención la información gráfica y documental de la Exposición de San Francisco de California que se está celebrando actualmente.

En la actualidad se está construyendo en la escala de 1 por 1.000 un plano relieve o maqueta de la montaña de Montjuich que permitirá, aun a las personas menos versadas en el examen de los planos, formarse perfecta idea de las condiciones favorables que dicha montaña ofrece para la realización del proyecto.

Terminada aquella visita, todas las personas invitadas se trasladaron al Restaurán Miramar, en donde se celebró un banquete, cuya presidencia ocupó el alcalde accidental señor Pich, teniendo a su derecha a los Sres. duque de Solferino, Abadal y Junca, y a su izquierda a los Sres. Cambó, Vidal y Valls y Muntañola. Al final brindaron el presidente, agradeciendo la presencia de cuantos habían concurrido al acto y excitando a todos a cooperar eficazmente a la realización del certamen, obra altamente patriótica que ha de honrar a España y a Barcelona, y los Sres. Amer, en nombre de los vocales propietarios de Ensanche, y Vidal y Valls, en representación de sus compañeros de Consistorio, ofreciendo con entusiasmo la cooperación solicitada y augurando a la Exposición un feliz éxito.

Después, los invitados recorrieron los terrenos en donde la Exposición ha de levantarse.

Cuantos asistieron a aquellos actos quedaron complacidos del estado de adelanto en que los trabajos se encuentran y felicitaron a la Junta directiva por la admirable organización de sus diversas oficinas, y a los funcionarios de éstas por el celo, la inteligencia y la laboriosidad con que desarrollan y realizan los planes por aquélla concebidos.

Complemento de la visita que dejamos relatada fué la sesión extraordinaria y solemne celebrada por el Ayuntamiento al día siguiente y a la que fué invitada la Junta directiva de la Exposición. Presidióla el gobernador civil de la provincia señor Andrade, quien tenía a su derecha al alcalde accidental Sr. Pich y a los Sres. Lerroux y Mir y Miró, y a su izquierda a los Sres. Cambó, Collaso y Gil y marques de Alella.

Después de leído por el secretario del Ayuntamiento el acuerdo consistorial relativo a la sesión que se estaba celebrando, el Sr. Mir y Miró dió lectura a una minuciosa Memoria explicando los trabajos hasta el presente realizados por la Junta directiva de la Exposición, describiendo el lugar en donde ésta ha de emplazarse y dando algunos datos generales sobre el presupuesto.

A continuación los Sres. Cambó y Vidal y Valls pronunciaron elocuentes discursos demostrando el primero los beneficios que ha de reportar la Exposición y agradeciendo el segundo la cooperación de cuantos en ella han colaborado, y finalmente se adoptó por aclamación y unanimidad una proposición firmada por representantes de todos los grupos políticos del Consistorio, aprobando todo lo hecho por la Junta directiva, concediendo a ésta todas las autorizaciones necesarias para la realización del proyecto, y tributando a la misma un expresivo voto de gracias por el entusiasmo y acierto con que cumple su cometido, garantía segura del éxito que coronará sus esfuerzos.

NUEVA REIMPRESIÓN

PENSAMIENTOS Y RECUERDOS

DE OTÓN, PRÍNCIPE DE BISMARCK

Notabilísima obra que constituye una herencia preciosa para la Historia, y es fuente de sin igual riqueza para los estadistas é historiadores de todas las naciones. Forma dos tomos de más de 400 páginas cada uno, ilustrados profusamente, y encuadrados en tela. Se vende al precio de 15 ptas. en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.